

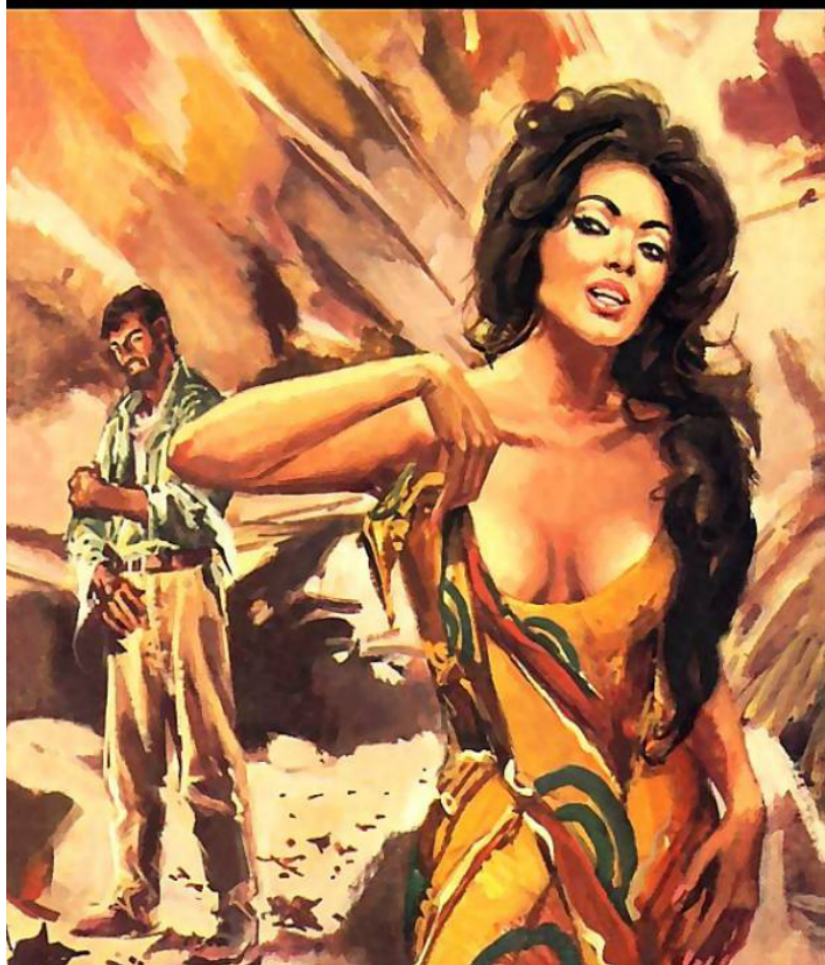
BOLSIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

EL VAGABUNDO DEL OTOÑO

Frank McFair



SS

SERVICIO SECRETO



FRANK McFAIR

EL VAGABUNDO DEL OTOÑO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.395

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 11.817 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: mayo, 1977

© Frank McFair - 1977
Texto

© Miguel García - 1977
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impresa en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Tilly acabó de dar instrucciones al criado y salió a la terraza. Una ligera brisa llegaba de las montañas, y esa brisa era ya fresca, casi fría.

—El otoño, ya —murmuró.

El lago estaba en calma. Sólo una lancha se veía en él. Al fondo, las montañas imitaban a una tarjeta postal.

Volvió a entrar. Sus padres le habían escrito una carta comunicándole que aún tardarían cinco días en volver. No le importaba. Estaba a gusto sola, aunque echaba de menos el verano. El invierno resultaba muy largo.

La chimenea del salón ardía ya, alegremente, con pequeños pero gruesos troncos de alerce. Mister Romay y mister Smith jugaban a las batallas de barcos, cerca del fuego.

—A-5,

A-6

y

A-7

—dijo Romay—. Apuesto a que le he hecho carne, ¿eh?

—Hundido un destructor —anunció Smith pesarosamente—. ¿Qué hay, Tilly?

—Un poco de frío, mister Smith.

—Bueno, que haga frío ahí fuera. Mientras aquí estemos calientes... Me toca a mí. F-7...

Tilly los contempló durante unos instantes, reprimiendo los deseos de «apuntar» a alguno de ellos. Pero lo tomaban demasiado en serio, como para hacerlo.

Todos los clientes se habían marchado ya. Sólo quedaban los Romay y los Smith. En realidad, por regla general, había muy pocos clientes durante el año. Alguno que otro en verano... pocos. La auténtica verdad es que los Romay y los Smith mantenían casi por

completo el hotel. Cinco años antes lo compró el padre de Tilly, y las dos parejas de ancianos vinieron enseguida. Pagaban tanto por sus habitaciones, que prácticamente apenas eran necesarios más clientes. Tilly se preguntaba a veces cómo aquellos cuatro carcamales no vivían en algún otro sitio, y en cambio, pasaban prácticamente el año en el hotel, que en invierno era un sitio muy solitario.

Pero, no. Los escasos meses en que se marchaban, dejaban pagadas sus habitaciones, y pagadas con tanta generosidad, que el padre de Tilly se había preguntado muchas veces qué sería de ellos, si los Romay y los Smith decidían alguna vez marcharse a otro albergue.

—¿No te has dado cuenta de que no es que falten clientes, sino que son ellos los que los alejan? —preguntó Tilly.

Su padre lo pensó un momento.

—Tienes razón —dijo por fin—. Cuando llegaron aquellos veraneantes hace dos años, míster Romay...; Ciertamente. Al parecer se encuentran tan a gusto aquí que no desean competencia. Míster Romay comenzó a hablar del antiguo cementerio indio, de los ahogados en el lago... —se echó a reír—. Entonces me molestó, pero lo cierto es que esas dos parejas amortizan el hotel.

En una esquina del enorme salón, había un pequeño mostrador, la recepción. Tilly se sentó en su taburete y se puso a echar cuentas. Había que encargar más leña, por lo menos tres camiones. Cuando comenzaran las nieves, ya no subirían los camiones, ni con cadenas. Había que encargar carne...

Estaba tan abstraída, que no vio al hombre hasta que estuvo ante ella. Lo miró.

Ropas viejas, como si hubiera dormido con ellas, barba crecida y un sombrero indescriptible que se quitaba en ese momento.

—Buenas tardes —dijo—. Querría una habitación... Me llamo Atkinson.

—Lo siento —dijo Tilly—. Creo que no hay ninguna disponible. Por supuesto las había, pero las ropas del hombre...

—Me conformaría con una pequeña.

—Lo siento. No creo que pueda ser.

—Pagaré por anticipado —dijo el hombre.

Sacó un par de billetes viejos del bolsillo y los colocó sobre el

mostrador.

—No se trata de eso —dijo Tilly, un poco exasperada—. Se trata de que no hay habitaciones.

Míster Romay y míster Smith habían levantado los ojos de sus papeles y los miraban.

—Sí que tiene —dijo el hombre—. Si lo hace por el dinero, ya le digo que pagaré por adelantado. Por otra parte, sólo será por esta noche. A la mañana me iré.

—En el pueblo hay albergues —respondió Tilly.

—Esto... preferiría alojarme aquí. Caramba, puedo pagar, se lo estoy diciendo.

—¿No trae equipaje? ¿Ha venido en coche? —preguntó Tilly.

—No, no traigo equipaje, señorita. Y me ha traído un hombre en su coche. Por favor, me gustaría dormir un rato.

Tilly miró a los dos ancianos. Romay se encogió de hombros ligeramente. Tilly ignoraba por qué lo había mirado. Al fin y al cabo, el hotel era suyo.

El hombre la observaba. Representaba unos treinta años. Llevaba una camisa grisácea, no muy sucia, pero arrugada y sin corbata. El traje habría sido bueno tiempo atrás, pero ahora estaba arrugado y manchado.

—Está bien. Son cinco dólares.

—¿Podría comer algo?

Tilly agitó la campanilla. Nehemiah, el criado negro, apareció.

—Dile a Emmy que prepare algo de comer. ¿Sopa y carne?

—Eso estará bien —respondió el hombre.

Fue hasta la puerta de la terraza y miró hacia afuera. La tarde caía rápidamente. Las montañas se habían puesto azules y el lago casi negro. De los pinos llegaba un olor fuerte, vivificante. Hacía frío.

—Venga. La enseñaré su habitación —dijo Tilly.

Subió con él y lo guió hasta una de las habitaciones más pequeñas. Lo primero que hizo el hombre fue ir a la ventana y abrirla. Miró abajo. Luego se volvió a Tilly que lo observaba desde la puerta.

—Está bien —dijo—. Supongo que no podrán subirme aquí la cena.

—No. No tenemos bastante servicio. Puede cenar abajo solo, si

quiere.

—Gracias. ¿La cena estaba incluida?

—No. Aparte.

—Está bien. ¿Podría darme un baño?

—Sí, al final del pasillo. Hay agua caliente, por supuesto.

—Gracias.

Su dicción era cuidada, bastante más que sus ropas. Se acarició la barba.

Tilly lo dejó. Cuando bajó al salón, míster Romay dijo:

—Esto se va a parecer a un refugio del bosque.

—Espero que no les moleste. Por otra parte, es difícil negar alojamiento cuando hay habitaciones libres, míster Romay. La ley no lo permite.

—No te estoy criticando, Tilly. Aunque si pones un cartelito anunciando el derecho de admisión, a lo mejor te evitas esos tipos.

—Si ustedes quieren...

Smith alzó una mano en el aire.

—No hagas caso a este viejo cascarrabias, Tilly. Deja que duerma y cene ese pobre bastardo. Y tú... Por cierto, ¿y las burguesas?

Tilly se asomó a la terraza.

—Ya vienen.

Las dos mujeres que entraron eran sólo ligeramente más jóvenes que sus maridos. Una de ellas llevaba el pelo teñido de un malva claro y la otra rubio. Janet Smith era gruesa y Muriel Romay delgada.

—Tilly, tenemos hambre. ¿Por qué no le dices a Emmy que adelante un poco la cena?

—Ahora mismo, señora Romay.

Bajó a la cocina, situada en el sótano, y se lo dijo a la cocinera negra. Se sentó y encendió un cigarrillo, que fumó mientras la negra acababa de cenar.

—Pasado mañana habrá una juerga blanca, Emmy —dijo.

—¿Vendrá mucha gente, Tilly?

Emmy tenía treinta años y era la esposa de Nehemiah. Era alta, de cuerpo fuerte y muy bien formado. Le gustaba beber algunos vasos de *whisky*, aunque casi nunca se emborrachaba, lo contrario de lo que le ocurría a su marido.

—Supongo que los de siempre.

—Se juegan mucho, ¿verdad?

Casi todos los viernes primeros de mes llegaban un par de automóviles con algunos amigos de los Romay y de los Smith. Cenaban y luego jugaban al póquer durante toda la noche.

Tilly hizo un gesto.

—No me vas a creer, Emmy, pero una noche mi padre piensa que se jugaron no menos de diez mil dólares.

—¿Y de dónde sacan tanto dinero esos jubilados? Parece imposible.

—Ni idea. Pero mientras paguen todos los gastos del hotel, lo cierto es que no me importa tampoco. ¿Preparaste la carne y la sopa para ese nuevo huésped?

—Sí.

—Sírvesela en la salita pequeña. Espero que cuando se bañe esté medio presentable.

Volvió al salón. El hombre bajaba ya. Se había afeitado, aunque mal, y se había cepillado un poco la ropa. De todas maneras, seguía pareciendo un vagabundo.

Emmy le sirvió en la salita. El hombre comió muy deprisa y con evidente hambre. Tilly acudió una vez para preguntarle si estaba satisfecho, pero también para evitar que se guardase algún cubierto. El hombre la miró.

—Muy bien. Gracias, señorita. Éste... ¿hay muchos huéspedes?

—Algunos.

—Esto es tranquilo, ¿verdad?

—Sí.

«¿Qué diablos quieres saber? —se preguntó Tilly—. Te guste o no te guste, el caso es que mañana te marcharás».

El hombre sacó un arrugado paquete de cigarrillos, pero al ver que estaba vacío, se lo volvió a guardar. Tenía ojos azules, pelo rojizo y no era mal parecido. Tilly sacó un cigarrillo y se lo dio.

—Gracias. Si pudiera venderme un paquete...

—Quédese con éstos. Ha dicho que se marcha mañana, ¿no es eso?

—Sí. No tiene que preocuparse, no me voy a quedar.

Tilly no respondió.

El hombre, con el cigarrillo encendido, salió a la terraza y se

levantó el cuello de la chaqueta. Hacía bastante frío. Permaneció algún tiempo fuera y luego entró. Eran las siete y Emmy estaba sirviendo a los dos matrimonios.

—Buenas noches —dijo el hombre a Tilly. Y subió.

A la mañana siguiente, cuando Tilly se levantó a las ocho, Nehemiah le dijo que el huésped se había marchado. Emmy le había dado un par de tazas de café y tostadas. El hombre había pagado la cena y el desayuno.

Tilly esperó a las diez y media, cogió la furgoneta y bajó a Oak. Eran diez millas de una carretera de montaña y raro el día en que no tenía que bajar. En Oak estaban los comercios y había un par de discotecas donde solía pasar algún rato cuando sus padres estaban en el hotel.

Ahora tenía que hacerse cargo de todo, hasta que llegaran ellos.

Encargó la carne, legumbres, fruta y caminó hasta el bar. Un grupo de hombres estaba en el mostrador. Eran las once y media.

—Lo vi perfectamente —dijo Grainger, un abogado que tenía una cabaña cerca del hotel—. Y por eso sé lo que digo.

—No creo que quisieran matarlo —respondió el dueño del bar.

—Si llama usted no querer matar a alguien, el seguirlo a media velocidad, saltar a la acera y buscarle el cuerpo, yo no sé lo que entenderá usted por no querer matarlo —respondió el abogado—. Y eso es precisamente lo que hizo el coche.

—¿Vio usted la placa? —preguntó otro de los clientes.

—La llevaba embarrada. Era un «Dodge» de hace un par de años, de color oscuro.

—¿Se lo ha dicho a Tim?

—Conozco algo mis deberes cívicos —respondió el abogado, sonriendo.

—Bueno, ahí está Tim.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tilly.

—Intentaron cargarse a un tipo —respondió el abogado—. Un coche le saltó encima frente a la barbería. Pero no es eso lo que cree Tim.

El *sheriff*, alto, delgado, de treinta y cinco años, vestía como los leñadores, aunque con algunos detalles de fantasía. Hacía tiempo que le había propuesto a Tilly casarse con ella.

—Diga, míster Grainger, no hemos encontrado al tipo. ¿Vio

usted adónde se iba?

—Si yo fuera un hombre al que han intentado acariciar con un sedán, aún estaría corriendo —respondió el abogado—. Pero, diablos, Tim, yo me preocuparía del coche, no de la víctima en potencia.

—Bueno, pero vería cómo iba vestido.

—Bueno, parecía un tipo desastrado, eso, es todo. Llevaba una chaqueta marrón y unos pantalones de pana, quizá, no lo sé.

Tilly se le quedó mirando con la boca abierta.

—¿Seguro que...? —comenzó.

Pero Grainger ya estaba dirigiéndose a la puerta. No la oyó.

—¿Alguien más lo vio? —preguntó el *sheriff* Tim Brock.

En vista de que los demás se encogían de hombros, se dispuso a marchar. Tilly le alcanzó en la calle.

—Tim, esas señas pueden corresponder a un hombre que anoche se alojó en el hotel.

—¿Ah, sí? ¿Quién era?

—Dijo que se llamaba Atkinson. Durmió en el hotel y esta mañana, a las ocho, se marchó. Llevaba una chaqueta castaño y unos pantalones grises.

—Descríbemelo.

Tilly lo hizo. Tim fue tomando notas.

—Tim, ¿es cierto que le han querido... atropellar?

—Eso dicen Grainger y el barbero. Pero el caso es que mientras el coche se iba por un lado, él se fue por el otro.

—¿Pías dado la alarma a la patrulla de carreteras?

—No, porque no tengo la seguridad de que hayan querido atropellarlo. Según Grainger, el hombre esquivó al coche y luego echó a correr. Bueno, haré algunas investigaciones... y luego subiré al hotel. ¿Firmó en el libro registro?

—Sí.

—Iré luego.

Tilly terminó sus compras. Tan pronto como lo hizo, montó en la furgoneta y subió al hotel. Mister Romy, Smith y las mujeres estaban tomando el sol en la terraza.

—Tilly —dijo Romy—, ¿te dijimos que mañana vendrán los amigos?

—Sí, señor Romy.

—Un momento. Si no quieres que lo hagan, les llamamos por teléfono.

—¿Por qué no?

—Como no están tus padres...

Tilly sonrió y acarició la mano del viejo.

—¿Desde cuándo no me puedo desenvolver sola? ¿Qué quieren que les prepare de cena?

Pregunta casi inútil. Cenaban siempre, cuando se reunían con sus amigos, *spaghetti*, con carne y escalopinas marsala. Y bebían vino que traían algunos de ellos.

Tim Brock apareció a la una. Miró el libro registro, tomó notas y preguntó a Tilly todo lo que sabía sobre el huésped.

Tilly se lo dijo. Cuando Tim se marchó, míster Smith preguntó a la muchacha qué quería el *sheriff*. Había estado escuchando distraídamente, durante toda la visita.

—Se trata del individuo que anoche durmió aquí, míster Smith. Al parecer, alguien estuvo a punto de atropellarle.

Le contó la historia. Míster Smith movió la cabeza.

—Que no comiencen a dar molestias. Este sitio es tan tranquilo, que simplemente no conviene que molesten. ¿No es así, Tilly?

—Por supuesto, míster Smith. Nosotros somos los primeros interesados en ello.

Aquella tarde, cuando bajó a la cocina, encontró a Emmy y a Nehemiah, discutiendo.

—¿Qué os ocurre, muchachos?

—Este hombre está loco —dijo Emmy—. Dice que ha desaparecido medio jamón cocido.

—Y dos botes de sopa —agregó el negro—. No estoy loco, Tilly. Es tal y como te estoy diciendo.

—¿Dónde estaban esas cosas? —preguntó Tilly.

—Abajo. En el cuartito que hay junto a la leñera.

—¿Y qué hacían allí?

—Los bajé yo. Cuando estoy partiendo leña, me gusta comer un poco de jamón. Pensaba también haber calentado la sopa. Luego, cuando volví, habían desaparecido. Un gato o un perro vagabundo podrían haberse comido el jamón, pero las latas de sopa...

—Tal vez las dejaste en otro lado.

—Palabra que no, Tilly. Las dejé donde te digo y luego habían

desaparecido.

—Bueno, ten cuidado para otra ocasión.

No añadió que cuidara de no beberse antes media botella de *whisky*. El licor había que mantenerlo fuera de su presencia, o lo hacía desaparecer con artes mágicas. Luego, amenazaba a Emmy y ésta le golpeaba con el rodillo de amasar. Pero cuando estaba sereno era un buen trabajador y un marido excelente.

—Como si no tuviera siempre cuidado —replicó, malhumorado—. Te digo que desaparecieron, y como encuentre al que lo hizo, se va a llevar una sorpresa.

Aquella noche, Tilly se acostó temprano y lo mismo hicieron los huéspedes. Mister Romay dijo que quería dormir mucho para la noche siguiente poder estar fresco para la partidita.

Hizo frío. El viento silbó desde las llanuras canadienses. Tilly le dijo a Nehemiah que al día siguiente encendiera ya la calefacción. El fuego de la chimenea no bastaba para calentar el salón.

A las ocho y media, Nehemiah llamó al cuarto de Tilly.

—Mira, Tilly, creo que lo he visto.

—¿A quién?

—Al ladrón de ayer.

Tilly se despabiló.

—¿Dónde?

—En el almacén de leña. Palabra. Vi moverse algo y sin decir nada cogí el hacha y fui hacia allá. Ya no lo encontré.

—Pero, bueno, ¿qué era? ¿Un perro?

—Me parece que sólo tenía dos piernas y andaba sobre ellas. Dentro de un rato voy a ir de nuevo y voy a registrar aquello. Ya he encendido la caldera. Pero lo voy a pescar, así como me llamo Nehemiah.

—Iré contigo.

Cuando bajaron ambos, entraron en el almacén. Allí había amontonada bastante leña, pero muy bien colocada para hacer sitio a la que trajeran pronto. La caldera de la calefacción estaba en un pequeño anejo, para evitar que la leña pudiera incendiarse con el sobrecalentamiento.

Nehemiah encendió la luz en el techo y comenzaron a moverse entre los abarrotados leños. De pronto, el negro tocó ligeramente en el brazo a Tilly.

—No digas nada. Creo que allá, a la izquierda.

Tilly miró con el rabillo del ojo. En efecto, algo parecía haberse movido. Lo notó cuando apartó ligeramente la vista.

—Vete hacia la puerta para que no escape —dijo en voz baja.

—No, puede estar armado. Tú escóndete entre la leña.

El corpulento Nehemiah se lanzó de pronto hacia adelante, con un grueso palo en la mano.

—¡No se mueva! ¡No se mueva o lo deslomo! —dijo en voz alta.

CAPÍTULO II

—No pienso moverme —dijo el hombre.

Tilly lo vio ahora, a la luz del techo.

—Usted —dijo—. Pero ¿qué diablos hace aquí?

—Vamos, vaya saliendo —dijo Nehemiah—. *Miss Tilly*, habrá que avisar al *sheriff*. Y usted, ¿qué hizo con el jamón?

—Me lo comí. Lo pagaré, si quieren.

—¿Por qué no lo pidió, entonces? —preguntó Tilly.

—No quería que supieran que estaba aquí. —Fue la respuesta.

—¿Por qué?

—Bueno, saliendo, amigo —exigió el negro.

—¿Es necesario? —preguntó el hombre.

—¿Cómo que si es necesario? ¿Quiere que le rompa la cabeza con este palo, por ladrón?

—No, por supuesto que no. Bien, si lo piden de ese modo, salgamos.

—Un momento —dijo Tilly—. Nehemiah, ve arriba.

—¿Dejarte sola con este tipo? ¿Estás loca?

—No hay peligro. ¿Verdad, míster Atkinson?

—Para ustedes, ninguno.

Nehemiah se dirigió hacia la puerta.

—Estás loca, Tilly, de veras. Pero no andaré lejos. Y si intenta usted algo, ladrón, le haré correr los dientes garguero abajo.

—No haré nada, hombre, le digo.

Cuando estuvieron solos, Tilly dijo:

—El *sheriff* lo anda buscando para que *le* explique algo.

—Lo del atropello, ¿no?

—Sí.

—Bueno, hay poco que explicar. Simplemente quisieron estrellarme contra la pared.

—¿Es por eso por lo que se esconde aquí?

El hombre se rascó la barbilla. Asintió.

—No sabía que ya me habían localizado, aunque tenía mis sospechas de ello. Han sido rápidos, como siempre. Muy rápidos.

—¿Quiénes han sido rápidos? No olvide que el criado está ahí fuera y a una voz mía, vendrá con el palo.

—No hará falta, *miss*...

—Clarence.

—No hará falta, *miss* Clarence. Ya me voy. Y si hay que pagar el jamón...

—No se trata del jamón —dijo Tilly, indignada—. Se trata de que al *sheriff* le interesa hablar con usted. Y cuando se entere de que se ha escondido en el hotel, aún se va a disgustar más.

—Es... ¿es necesario que le diga que me escondía aquí? Mire, *miss* Clarence, si me voy ya, ¿le importaría olvidar que me han visto?

—No es así como hago yo las cosas. ¿Por qué se ha escondido en mi hotel?

—Simplemente, porque no quiero que me maten. Y aquí... quiero decir, este lugar, parecía bastante seguro. Ahora ya no lo es tanto, por supuesto.

—Pero ¿quién quería matarlo?

—Quién quiere matarme, estaría mejor dicho. Pues... ellos.

—¿Lo persigue a usted la policía?

—¿La policía? Oh, no, no hay motivo alguno para que me persiga la policía. Aunque... ¿qué ha dicho usted? ¿Qué el *sheriff* quiere hablar conmigo?

—Sí. Quiere preguntarle... Alguien le dijo que a usted lo habían intentado atropellar con un coche. Y yo le conté que se había alojado anteanoche aquí.

—¿Se lo dijo? Bueno, supongo que no podía hacer otra cosa. Bien, ahora si me dice cuánto es el jamón, se lo pagaré.

Echó la mano al bolsillo, y sacó dos mugrientos billetes de dólar.

—Creo que... esto es todo lo que tengo. Cójalo.

—Guárdese. Lo que quiero que me diga... —Tilly estaba furiosa— es por qué diablos lo persiguen.

—Pues es una larga historia y creo que no tengo tiempo de contarla. He de poner la mayor cantidad posible de terreno entre esos tipos y yo.

—Pero ¡con mil diablos! ¿Quién?

—Nunca son los mismos. Bueno, casi nunca. Eso es lo peor. Cuando creo haber localizado a dos o tres, desaparecen y vienen otros. Estuvieron... Estuvieron a punto de cazarme hace quince días. Un inofensivo viajante de comercio, eso es lo que parecía, pero en realidad el tipo era de lo más peligroso. Me adelanté ligeramente. Le di una buena paliza.

Tilly se frotó las manos. Deseaba abofetear al hombre, pegarle. Aquello la preocupó. Pocas veces había sentido aquellos deseos.

—Pero ¿qué ha hecho usted?

—Oh, puedo asegurarle que nada. No he hecho nada, pero me siguen como una jauría, y el día en que me cojan... Bueno, lo cierto es que el *sheriff* tiene razón: quisieron atropellarme contra la pared... Oh, hubiera sido fácil. ¿Los han cogido?

—Creo que no. Por lo menos, no lo he oído, pero puedo enterarme telefoneando al *sheriff*.

—No sería una mala idea. Ello me libraría de una buena preocupación hasta que enviaran a otros. En fin, tengo que marcharme.

—No le creo a usted ni una sola palabra —exclamó Tilly—. Usted se ha metido aquí por las razones que sean, pensando pasar un par de días y...

—¿Con sólo un jamón... bueno, con sólo medio jamón y ni siquiera grande? Ni lo piense, *miss* Clarence. Lo cierto es lo que le he dicho. Y ahora, si no le importa...

—Espere un momento. Si es cierto que lo persiguen, ¿por qué no se lo dice al *sheriff*? Él podría ayudarle.

—No lo creo. Ni el *sheriff* ni ningún policía.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ha hecho usted, que no quiere que la policía lo proteja?

—No, si no digo que no quiera protegerme. Digo que no podría protegerme, *miss* Clarence. Es lo cierto, créame.

—¿No quiere decirme lo que le ocurre?

—Pues... sería peligroso para usted, *miss* Clarence... Prácticamente para cualquiera que intentara ayudarme. Esos tipos son absolutamente brutales.

—¿Quiénes?

El hombre la miró especulativamente.

—No vale la pena. Bien, me voy.

Aquello era positivamente indignante. Tilly pensó en todo lo que tenía que hacer, preparando la juerga blanca de aquella noche, y decidió que ya estaba bien.

—Bueno, váyase, si quiere. ¿Dónde va a ir?

—Pues... no lo sé. He pensado llegar hasta Canadá, pero está demasiado lejos. Además, ellos habrán pensado ya en ello.

—Hay doscientas millas hasta. Canadá —respondió Tilly—. Es mucho camino.

—Sí, por supuesto. He recorrido bastante más. Pero bueno, el caso es que, pensándolo bien, he conseguido bastante en estos últimos meses. Nunca pensé que pudiera lograr tanto, quiero decir, escapar durante tanto tiempo. Y el caso es que falta tan poco...

—Escuche —dijo Tilly, furiosamente—. O me dice lo que le ocurre, con todas sus letras, o se calla y deja de hablar en enigmas, porque la verdad es que me siento tan rabiosa que sería capaz de llamar ahora mismo al *sheriff* para que él hiciera cualquier cosa.

—Comprendo, *miss* Clarence, pero es todo lo que puedo hacer. Por otra parte, el simple hecho de estar aquí, podría resultar un peligro para ustedes, si ellos llegan a saberlo. Había contado con que podría permanecer aquí el tiempo suficiente para que perdieran mi pista. Bueno, y ahora sí que tengo que marcharme. Verá, si extrema su amabilidad hasta el punto de dejarme ver un mapa de la región...

—Creo que tengo uno en mi cuarto. Espéreme aquí... Tengo que evitar que el criado comience a hablar.

Nehemiah había comenzado a hablar con Emmy. Cuando Tilly llegó a la cocina, el negro le estaba explicando a su esposa que un hombre estaba escondido en la leñera y que Tilly podía estar en peligro, por lo cual él iba a coger el hacha y se iba a dedicar a recortarle la barba con ella.

—Cállate —ordenó Tilly—. No veis a hacer ninguna de esas cosas. Y sí vas a cerrar la boca para que nadie sepa que ese hombre está aquí.

Los dos negros la miraron, asombrados.

—No me miréis así. Ni una sola palabra, si no queréis que tengamos un disgusto. ¿Habéis entendido?

—Bueno, Tilly, si lo miras de esa forma... No diremos nada, por

supuesto. Pero ¿por qué?

—Ya os lo explicaré más tarde. De momento, silencio. ¿Lo haréis?

—Yo me ocuparé de que este hombre no diga nada —afirmó Emmy—. ¿Vas a bajar al pueblo, Tilly?

—Creo que... Bueno, no lo sé aún.

Subió a su cuarto y cogió el mapa de carreteras. Lo llevó a la leñera. El hombre no se había movido de su sitio. Sentado en un tronco, esperaba.

Echaron una mirada al mapa. Atkinson señaló con el dedo un lugar.

—Sí, por aquí puedo llegar cerca de la frontera. Pero ¿esto es el parque nacional?

—Sí.

—Por ahí sí que no me conviene meterme. Los vigilantes de los parques son tipos que preguntan siempre. Y no me conviene que me hagan demasiadas preguntas. Recuerdo este sitio. Estuve una vez hace algunos años. La única vez que vine tan al norte. Por regla general, me he movido por el sur. Arizona, California, Texas... Lugares amplios, con pocas ciudades.

—¿Su nombre es Atkinson, verdaderamente? —preguntó Tilly.

—No, por supuesto que no.

Sacó un trocito de lápiz y un sobre usado del bolsillo y copió parte del mapa. Luego se lo devolvió a la muchacha. Ésta movió negativamente la cabeza.

—Puede quedarse con él. No lo necesito para nada.

—Hombre, gracias.

—Le traeré algo de comer.

—¿Por qué hace eso? —preguntó él, curiosamente.

—No lo sé. No me gusta ver a nadie robar medio jamón para alimentarse.

—Pensaba pagarlo. Pero resultaba tan apetitoso... Vea, cuando salí huyendo, cuando trataron de arrollarme, tuve que meterme en el bosque. Recordé este lugar y me pareció un sitio bastante bueno. Imaginaba que no habían pensado que yo me metería en un hotel... ¡Demonios! Parecen conocer casi mejor que yo el estado de mis bolsillos. Supongo que porque Oh... bueno, porque alguien se lo hace saber. Diablos... Bien, *miss* Clarence. Ha sido usted muy

amable.

Se puso en pie, y tras una ligera vacilación, tendió la mano. Tilly dudó un momento. Luego, se la estrechó.

—¿Me da su palabra de que no ha hecho nada delictivo?

El hombre sonrió.

—Palabra, *miss* Clarence. Nada delictivo he hecho... Puede estar usted absolutamente segura de ello. Pero soy de hecho «algo delictivo».

—¿No quiere decírmelo?

—No debo hacerlo. Por usted y por los suyos.

Se dirigió a la puerta. Tilly intervino:

—Esperé le he dicho que le prepararía algo de comer. Por otra parte, puedo alejarle un poco de aquí con el coche.

Él se volvió. Ahora estaba serio.

—Ni se le ocurra, *miss* Clarence. Sería lo último que le pidiera a alguien que se hubiera portado conmigo como usted lo ha hecho.

Tilly volvió a la cocina.

—Prepara unos cuantos bocadillos de carne, de queso y de jamón —ordenó a Emmy—. Mételos en una bolsa y agrega una botella de *whisky*. Vamos, date prisa.

Subió a su cuarto. Se miró al espejo rápidamente, y se dijo a sí misma:

«Eres una idiota».

Luego cogió una mochila pequeña que le servía para sus excursiones por el bosque para fotografiar a los animales y bajó. Emmy, bajo la mirada atenta de su marido, estaba terminando los emparedados.

—Dámelos. Hay una pierna de carnero, ¿no? Ponía en papel de estaño y también... —pensó rápidamente—, galletas saladas.

—Señorita Tilly Clarence —dijo Nehemiah—, ¿todo eso se lo va a llevar el ladrón?

Tilly volvió hacia él un rostro tormentoso.

—¿Te callas? Sí, se lo va a llevar el ladrón. Y si vuelves a decir una sola palabra, voy a tirarte personalmente a la basura, maldito bocazas.

Los dos negros la miraron, asombrados. Emmy cogió a su marido por un brazo:

—Te callarás, imbécil. Tilly, esto ya está.

Tilly lo metió todo en la mochila y se marchó. Míster Romay estaba en la puerta.

—¿Te vas de excursión, Tilly?

—Éste... no, míster Romay... Estaba... bueno, luego se lo explicaré.

Llegó hasta la leñera. Le entregó la mochila a Atkinson. Éste la miró fijamente.

—Gracias... ¿Cómo se llama?

—Tilly.

—Gracias, Tilly. No voy a olvidarlo fácilmente.

—Lárguese ya. Ya ha hablado bastante —dijo ella.

El hombre se marchó.

Tilly, pensativa, volvió a la cocina. Durante un rato, nadie habló. Luego dio algunas órdenes a la cocinera y bajó al pueblo. Tim estaba en la puerta de su oficina.

—¿Querías verme, Tilly? Pensaba subir un rato para charlar contigo.

—Esta tarde no, Tim. Mis huéspedes tienen visitas y tendré bastante trabajo. ¿Sabes algo sobre el asunto de ayer?

—Ni una palabra. Como si se los hubiera tragado la tierra, a todos ellos. He radiado un aviso, pero no creo que logremos saber nada.

—Es curioso —Tilly apoyó las manos en el volante—. ¿No has recibido tú algún aviso de que hubiera ocurrido algo... bueno, de que se buscara a alguien?

Parece tan extraño... Éste es un lugar tranquilo, sobre todo ahora que se han marchado los veraneantes.

—No he recibido nada. Para mí que algún borracho iba al volante, pero que no hubo intento de atropellar a nadie.

—De acuerdo. Bien, nos veremos.

Hizo sus compras y volvió al hotel. Los Romay y los Smith estaban como siempre que iban a recibir sus visitas, un poco menos calmosos que de costumbre. Siempre creían que las cartas no iban a haber sido compradas, o que los *fetuccini* no tendrían el grado preciso de condimento, o que la *pizza*, no estaría perfecta, sobre todo la de anchoas, que era el plato preferido de uno de los invitados. Tilly, con la cabeza en otra parte, los tranquilizó y fue a la cocina para comenzar los preparativos. Emmy la tranquilizó a

ella. La *pizza* estaría perfecta, con anchoas y hongos, y las escalopinas nadarían en espesa salsa de marsala.

Luego encontró un rato para estar a solas, y pensar un poco en todo lo que había ocurrido.

A las cinco y media llegaron dos coches con siete invitados. La misma Tilly los recibió en la puerta, junto con sus huéspedes. Venían cuatro caballeros de unos sesenta años y tres señoras. Todos ellos abrazaron a Tilly y se besaron entre sí. Las mujeres vestían sin ninguna ostentación, y casi todas estaban entradas en carnes.

Tomaron algunos *cocktails*, no demasiados, y se pusieron a charlar. De vez en cuando, Tilly acudía para ver si estaban a gusto. Lo estaban. El espléndido fuego, el viento rugiendo fuera. Charlaban de cosas insustanciales, casi siempre de negocios. Luego, a las ocho, cenaron a la luz de las velas, y todos se pusieron muy contentos porque los *fetuccini* estaban excelentes y el vino de chianti en su punto. Una de las señoras llamó a Emmy y le indicó una nueva manera de preparar la salsa de tomate.

Tilly se contentó con un bocadillo. Después, los invitados prepararon las mesas. Sólo los hombres jugaban. Las mujeres, sentadas en sus butacas, charlaban sobre los hijos y «todas esas cosas». A las once sonó el teléfono y Tilly lo cogió. Era Tim.

—Creí que te gustaría saberlo. Subiría si no supiera que tienes invitados.

Tilly se estaba aburriendo.

—¿Por qué no subes? No creo que se molesten, si tú no te metes en su partida.

—Lo haré, pero sólo un momento. He de hacer una batida.

—¿Ah, sí?

—Te lo explicaré.

Tim llegó poco después. Saludó a Romay y a Smith y estrechó manos. Luego se quedó solo con Tilly. Venía abrigado con una gruesa pelliza y calzaba botas altas de leñador.

—¿Cómo era el tipo que estuvo en el hotel, Tilly?

Tilly se lo describió, sorprendida. Tim asintió:

—Puede ser el mismo.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—Unos cazadores oyeron disparos. Estaban acampados arriba, en los Corrales de Lobos. Poco después, un hombre apareció junto a

ellos. Estaba ligeramente herido y dijo que alguien había debido confundirlo con un alce. Los cazadores sabían que sólo estaba su grupo por aquella parte, y le hicieron varias preguntas. Pero se limitó a repetir lo mismo.

—¿Cuándo ha ocurrido eso? —preguntó Tilly.

—Este mediodía. Luego, uno de los cazadores vio un grupo de tres hombres que caminaban por el bosque. Les preguntó si eran cazadores, pero los hombres le dijeron que no, que estaban de excursión. Y le preguntaron si habían visto a un hombre. Al cazador. —Es Holly— le parecieron sospechosos y preguntó que para qué buscaban a aquel hombre. Le dijeron que era un amigo. Luego se marcharon. Holly estaba seguro de que ocurría algo raro y se lo dijo a los demás cazadores. Por tanto, decidieron bajar de nuevo para verme.

—Pero ¿y el herido?

—Simplemente, desapareció.

—Pero Holly y los cazadores están acostumbrados a seguir huellas. ¿Cómo permitieron que se les fuese de las manos?

—No lo saben. Simplemente, se esfumó en el bosque. Y por otra parte, ellos tenían prisa por bajar antes de que los hombres pudieran salir del bosque. Ya te digo que piensan que había algo raro en ellos.

—Y entonces, ¿dónde está ese hombre?

—No lo saben. ¿Por qué te interesas tanto por él?

—¿Crees que han intentado matarlo?

—Pues no lo sé, pero voy a subir para echar una ojeada. El tiempo no es bueno, pero creo que algo hay que hacer.

—¿Y esos otros hombres?

—No lo sé. Desde luego, al pueblo no han bajado... Pero han podido salir del bosque por la carretera de Molitor. No lo sé.

Se despidió de ella. Tilly dijo:

—¿No habrá muerto ese hombre si estaba herido?

—Holly y los cazadores dicen que sólo estaba levemente herido. Claro que allá arriba hace bastante frío. Igual anda perdido.

—O lo han encontrado y lo han matado. Tim, creo que deberías organizar una batida.

—No tengo bastantes pruebas para hacerlo, Tilly —respondió el otro, ofendido—. Conozco mi deber, pero levantar a veinte o treinta

hombres por una sospecha... Bueno, eso no puedo hacerlo.

Se marchó. Romay, que estaba de «muerto». —Eran seis y sólo acostumbraban a jugar cinco— se quedó mirando a la muchacha.

—¿Ocurre algo, Tilly?

—Oh, nada, señor Romay... Bueno, parece que han herido a alguien arriba, en Corrales de Lobos.

—¿Herido?

—Bueno, parece que algo no anda bien, pero nada que deba preocuparles a ustedes.

—Oh, nosotros nos preocupamos ya por pocas cosas, como no sean nuestros achaques, chiquilla.

—Les voy a preparar unos emparedados.

—Gracias. Las burguesas se van ya a la cama.

—Sus habitaciones están preparadas, míster Romay. ¿Y no creen que deberían cerrar la partida antes de la madrugada?

Romay la miró con aspecto de búho.

—Hija, cuando llegues a nuestra edad sabrás que pocas cosas interesan. Si hay alguna que nos atrae, no es cosa de dejarla para mañana. No, nos quedaremos mientras aguanten nuestros viejos cuerpos.

Y volvió al salón.

CAPÍTULO III

Según costumbre en aquellas ocasiones, Tilly no durmió. Sirvió bocadillos, entremeses, que los jugadores devoraron ávidamente. Bebidas, sobre todo vino de chianti en sus canastillas de paja, y del que parecían haber traído una cantidad inextinguible, y comprobó que si bien jugaban con fichas, conociendo el valor de éstas, era fácil ver que se estaban jugando las pestañas. Eran insaciables.

A las cinco de la mañana, comenzaron a decaer. Jugaban descuidadamente y en cierta ocasión, Tilly, pese a lo preocupada que estaba, vio cómo uno de los invitados se dejaba arrebatar el pote por Romay, cuando tenía en la mano dos ases solamente.

Smith se tapó la boca con la mano para reprimir un bostezo. Un momento después se oyó el ruido de un automóvil y Tim llamó a la puerta, seguido por uno de sus comisarios.

—Venimos helados —dijo—. ¿Podrías darnos algo de café y alguna otra cosa?

—Pasad.

Emmy tenía café continuamente al fuego. Entraron en la cocina y bebieron un par de tazas, mientras devoraban emparedados.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Tilly.

—Nada. Alguien encendió fuego a riesgo de incendiar el bosque, y no fueron Holly ni los cazadores, puedes creerlo. Pero ninguna otra cosa. Ni está ese hombre ni los que lo buscaban. Nada. Con un poco de nieve, hubiera sido otra cosa. Han debido salir todos del bosque.

—O ese herido ha podido morir en él —dijo el comisario.

—Mañana lo sabremos por los buharros, en ese caso —admitió Tim, con indiferencia, mientras Tilly se estremecía—. Pero no lo creo. Según Holly, sólo tenía un rasguño. Hemos estado en el campamento de los cazadores y allí no había ni manchas de sangre siquiera. Y por cierto, si hubiera estado grave, Holly y los demás

nos lo hubieran dicho.

Repuestos, se marcharon. Los invitados se iban ya a la cama. Dormirían hasta las doce o la una, comerían y luego se marcharían.

Y Tilly estaba ansiando que lo hicieran.

Cuando cerraron las puertas y se fueron a la cama, Tilly se encontró con que apenas podía pegar los ojos. Estaba simplemente desvelada, lo cual le produjo ese sentimiento de frustración, tan común a los que desean dormir y no pueden.

Por fin, se durmió. Pero le duró poco. Nehemiah llamó a su puerta, y ella, rendida, miró el reloj. Eran las siete.

—Pero ¿qué diablos quieres?

—Tilly, ese hombre ha vuelto.

—Te voy a mandar a... ¿Qué has dicho?

—Estaba en el cobertizo de la caldera, dormido como un tronco.

—Pero ¿no estaba cerrada con llave?

—No, Tilly. La dejé abierta, por si tenía que reavivarla. No fue necesario, ya sabes, y cuando he bajado hace un rato, lo he encontrado allí. Parece enfermo... No he querido hacer nada antes de consultártelo.

—¡Con un diablo, Nehemiah! Ya voy. Lárgate, que me visto.

Todo el mundo dormía en el hotel. Cuando llegó a la caldera, vio que el hombre seguía allí... ¡y en qué estado! Las ropas destrozadas, el pelo revuelto y la barba crecida. Había una mancha de sangre en la parte alta de la camisa.

—¿Llamo al *sheriff*? —preguntó Nehemiah.

—No. Vamos a subirlo a la habitación que ocupó.

—Pero, Tilly, te puedes meter en un lío, ¿no lo ves? Emmy me ha contado que a este hombre lo perseguía la policía.

—No lo perseguía a él. Y además, yo sé lo que hago. Así que cógelo y súbelo. Pero que nadie te vea. Yo iré delante.

El negro se cargó al otro auestas. El hombre se despertó y braceó.

—Quieto —dijo Tilly—. No le va a ocurrir nada.

—Hola —dijo Atkinson, con voz espesa—. Lo siento, no pude ir muy lejos.

—Cállese, vamos a acostarlo.

—Pero...

—Cállese, le digo.

Tom lo subió en sus fuertes brazos y lo llevó a la habitación. Lo dejó sobre la cama.

—Yo puedo desnudarme solo —dijo Atkinson—. Sólo estoy agotado.

—Quiero mirarle esa herida.

—Un rasguño.

—Yo lo diré después. Tom, tráeme el botiquín.

—¿Aviso a Emmy?

—Sí.

Tilly salió y volvió con un pijama de su padre. Se lo entregó al otro y la muchacha esperó fuera mientras Atkinson se lo ponía. Luego, Tilly le miró la herida. Emmy había vuelto con el botiquín. Desinfectó los bordes cuidadosamente. No parecía importante.

—Y ahora —dijo, después de haberle puesto un esparadrapo—, ¿quién le hirió?

—Pues no sé sus nombres.

—Sin bromas —respondió ella, adusta—. ¿Quién? ¿Sabe usted que todo aquel que cure a alguien herido de bala tiene la obligación de denunciarlo a la policía? De hecho, los cazadores con los que usted estuvo ya se lo han dicho al *sheriff*.

—Sí, supongo que sí.

Hubo un silencio.

—Escuche, *miss* Clarence. La historia es un poco enrevesada. Y tal vez usted no me va a creer.

—No importa. Comience y ya lo sabremos. Si ahora está cansado, podemos dejarlo para más adelante, pero le doy mi palabra de que no sale de aquí sin decirme lo que le ocurre. Han querido asesinarle, ¿no es eso?

—No veo forma de negarlo.

—Dos veces.

—No, perdón; no creo acordarme de todas, pero han sido más de doce.

—¿Quién? —dijo ella, estremeciéndose involuntariamente.

La cara del hombre le aseguraba que era verdad.

Atkinson la miraba de una manera especulativa.

—¿Cuántos años tiene, Tilly?

—Veintiséis.

—Yo tengo veintinueve. Y durante los últimos dos años he

sufrido, como le dije, al menos doce tentativas de asesinato. Eso curte. He podido librarme de los intentos merced a dos cosas: la primera, que ando siempre con mucho cuidado. La segunda, a la suerte.

—Pero ¿quién, por el amor de Dios?

—Forma parte de la historia. Primero fueron accidentes, luego intentos descarados, aunque siempre, eso sí, hábiles y procurando que no lo parecieran. Al segundo accidente decidí que me convenía ocultarme. Y durante dos años lo he estado haciendo. Así he recorrido casi Estados Unidos y parte de Europa... No me ha servido de nada. Allá donde iba, alguien tropezaba conmigo con una pistola, una barra de hierro, un veneno o lo que fuera. He sido herido cinco veces. Puede usted ver las cicatrices. Y otra vez me libré gracias a un vomitivo; me habían echado estricnina en una taza de café.

Tilly, sin darse cuenta casi, se sentó en el borde de la cama.

Hizo una pausa.

—En Hamburgo me cogieron dos apaches y me libré porque conozco algo de judo y de karate. Eran dos tipos brutales; me hubieran partido todos los huesos. En Kansas dispararon contra mí con una pistola de señales durante las fiestas de la independencia. ¿Usted ha visto lo que hace una pistola de señales, disparada a diez pasos de distancia? Lo revienta a uno. Lo deshace por dentro y por fuera.

—Si no me dice ahora mismo quiénes, soy capaz de ponerme a dar gritos.

—No se preocupe, lo haré. Ya le he dicho que usted me ha hecho un gran favor. Pero luego me marcharé. Usted correría peligro si ellos piensan que estoy aquí. No se detienen ante nada.

—Hable.

—¿Podría... podría comer alguna cosa? O un trago de *whisky*, quizá.

Tilly llamó a Emmy y le encargó que trajera té fuerte y *whisky*, tostadas y huevos revueltos. Emmy contempló a Atkinson y luego a Tilly.

—No te preocupes, Tilly, ni ese hombre ni yo vamos a decir nada, pero alguno de los huéspedes puede olfatear algo extraño.

—Ya lo arreglaremos. Y os lo agradezco. Es peligroso... Podría

ser peligroso que se supiera que estaba aquí.

—No te preocupes, digo. Nehemiah ya sabe que le romperé la negra cabeza si se le ocurre marcharse de la lengua.

Atkinson comió aprisa. Encendió un cigarrillo y miró a Tilly. Había una sonrisa casi burlona en su boca bien formada. Tenía el pelo rojizo y la barbilla partida en dos por una hendidura: En la mejilla, una pequeña cicatriz.

—No me llamo Atkinson —dijo—. Me llamo Lemoine... Stephen Lemoine.

—¿Lemoine? —preguntó Tilly, con una arruga de concentración en la frente—. ¿Lemoine? Me parece que he oído ese nombre en alguna par...

—Seguro. Bancos, petróleo, compañías subsidiarias. Mi padre, Orgell Lemoine, recibió una fortuna del suyo y la hizo fructificar. No sé exactamente, pero la fortuna debe ascender a unos doscientos millones.

—Pe... pero...

—Muchos tartamudean cuando oyen el nombre de Lemoine. No se preocupe. Cuando mi padre murió hace cinco años, dejó su fortuna repartida entre mi hermano Orgell II y yo. Somos hijos de distinta madre. La mía era una francocanadiense. La de mi hermano, una alemana, de segunda generación. He dicho que mi padre dejó la fortuna repartida entre los dos: no es cierto. La verdad es que la dejó en fideicomiso a un consejo de administración de toda su confianza. Cuando cumpliéramos los treinta años, pasaría íntegra a nuestras manos. Orgell los cumplió hace tres y entró en posesión de su parte. Yo cumpliré los treinta años dentro de veinticinco días. No sé en qué momento Orgell decidió que todo el dinero estaría mejor entre sus zarpas que repartido, y decidió eliminarme.

—Comprendo —dijo Tilly. Una súbita sospecha la asaltó—. Escuche, ¿no estará contándome un montón de mentiras?

—Palabra que no. Orgell decidió pasarse sin mí. Al segundo accidente, comprendí. Orgell es un tipo seco, tan frío como una nevera. Nunca nos hemos querido... Entonces decidí desaparecer. Como es lógico, no podía tratar de cobrar mis mensualidades sin delatar el lugar en que estaba y Orgell me cazaría. Por tanto, tuve que valerme por mis propios medios.

Hizo una pausa.

—Y puede creer que he ocultado mis huellas bastante bien. Incluso me hice meter en la cárcel, con nombre supuesto, durante seis meses. No me valió. Orgell tiene muchos millones y mucha influencia. Contrató a mía agencia de detectives para que me siguiera los pasos y también a un buen montón de pistoleros para que me liquidasen por todos los medios que fuera necesario.

—Pero cuando usted cumpla los treinta...

—Entonces, Orgell dejará de inquietarme. Simplemente, ya no tendrá motivos para hacerlo.

—Usted puede denunciarlo.

—No habría pruebas de ninguna clase. Tampoco él es un idiota. Jamás ha tratado con los asesinos. Jamás se ha manchado. Las tentativas de asesinato están siempre montadas por expertos, Claro que alguien puede relacionar a mi hermano, pero de eso a haber pruebas... va una diferencia notable.

—Y usted no ha intentado hablar con Orgell...

—Oh, al principio muchas veces, pero de nada sirvió. Se horrorizó, me ofreció su protección... Bueno, yo hasta los veinticinco años he tenido una vida... bastante agitada. Disponía de bastante dinero y lo he gastado alegremente. Orgell insistió en que yo había ofendido a alguien, molestado a algunas personas... pero de él, ¿cómo podía yo sospechar de mi propio hermano? Hacía falta ser un poco raro. —Quería decir demente— para sospechar del hijo de mi propio padre. Ése fue otro de sus trucos. Intentar meterme en un manicomio. Se lo estoy diciendo: se ha cubierto bien.

—No puedo creerlo.

—Pues no la engaño, Tilly. Hasta hoy no he hablado con nadie de esto. ¿Para qué? No lo iban a creer. Pero últimamente y según se aproximaba la fecha de mi cumpleaños, los atentados han ido haciéndose cada vez más numerosos y violentos. Nunca habían repetido la suerte con tanta frecuencia. Usted lo ha visto: dos intentonas en dos días. La cosa se ha puesto bastante fea, no lo niego. Si siguen así, acabarán por acertar. La ley de las probabilidades se ha puesto en contra mía. Digamos que mis oportunidades son de una sola contra diez de llegar a los treinta. Y aun así, me parece que me quedo corto.

Tilly lo miraba, asombrada y aterrorizada.

—¿No ve ninguna solución?

—No. No dispongo de dinero porque hace algún tiempo que tuve que abandonar mi último trabajo. Estaba empleado como chófer en un autobús escolar. Un día alguien me manipuló los frenos y estuvieron a punto de morir treinta chiquillos. No era cosa de quedarse allí para producir una catástrofe.

—Pero la agencia que provee a su hermano de asesinos...

—No es una agencia. Es un grupo bien pagado. Lo que sí creo es que la agencia de detectives sabe algo, pero se calla. Mi hermano ha debido gastar cientos de miles de dólares en asegurarse buenos servicios.

—¿Y qué va usted a hacer?

—No lo sé. Pero no pienso darme por vencido. He estado muy cerca de Orgell. En cierta ocasión me disfracé y conseguí llegar hasta una de sus secretarias. La seduje y accedió a presentarme un día a mi hermano. Yo pensaba dejarlo idiota de un buen golpe en la cabeza, pero la cosa fue descubierta. La muchacha pereció —Lemoine hizo una mueca— cuando su automóvil se estrelló contra un camión. Estoy seguro de que Orgell debió enterarse y la hizo matar. Es algo que tengo apuntado en su debe.

—Es horrible...

—Lo es. Tenía puesta bastante confianza en esta región y en esta época del año. Pero ignoro cómo me han descubierto. Y aquí estamos.

—Escuche, míster Lemoine...

—Llámeme Steve. Se lo ha ganado.

—Escuche, Steve. Si se lo decimos al *sheriff*, éste lo llevará a la cárcel, acusado de alguna cosa y allí podrá estar seguro.

—En una cárcel menos que en ningún sitio. Cuando estuve la otra vez, todos los presos parecían haberse coaligado contra mí y conspirar contra mi vida. Me hice meter en una celda de castigo, e incluso dejé de comer para que no me envenenasen. Por otra parte, ¿qué podría hacer ese *sheriff*? ¿Llevarme a otro lugar? Me expongo a que lo maten a él también. Y la verdad es que no quiero que haya más muertes por mi culpa.

Tilly estaba pensando furiosamente. Ya ni siquiera se planteaba la posibilidad de que la historia fuera una invención. Simplemente creía en ella.

—¿No... no ve solución alguna?

—Hay una posibilidad. Si pudiera hacerle creer a Orgell que no deseo la herencia... Tal vez lo creyese, y tal vez no.

—¿No tiene a nadie que pudiera ir a verlo?

—Nadie. Y el que fuera, se exponía a ser convertido en un estofado de huesos revueltos. Orgell no se para ante nada. Es, simplemente, un bastardo hijo de la gran perra, asesino y prevaricador. Y es...

Se estuvo desahogando durante casi un minuto. Luego, dijo:

—Dispense, Tilly. Pero me encuentro en un callejón. Y ahora me hieren. Eso me va a restar posibilidades.

Tilly estaba callada.

—Ríe gustaría ayudarle —dijo, por fin, sinceramente.

—Se lo agradezco, pero me parece que poco puede hacer.

—Puede usted quedarse aquí, si quiere. Claro que mis padres volverán dentro de unos días... y bien, no puedo contarles...

—No, comprendo, y además, no quiero meterla en un lío si esos tipos descubren mi madriguera. Antes me cortaría una mano, créalo. Esta misma tarde me iré.

—¿Cómo pensó en volver aquí? —preguntó ella, curiosamente.

—Oh, cuando me encontré herido y con los otros a los talones, me acordé de lo bien que se había portado usted conmigo. Y pensé, además, en el calor de la caldera... Eso sí, he procurado cubrir las huellas. No me han podido seguir. Estoy seguro de que ellos andan buscándome hacia la parte de Molitor.

—¿Cómo le hirieron?

—Me los encontré casi de frente. Mire, Tilly, he contado tres, pero estoy seguro de que hay por lo menos cinco o seis. Ellos vieron cómo yo venía hacia esta parte y fueron al bosque. Por una casualidad me los topé.

—¿Casualidad? —preguntó ella—. La región es muy grande.

—Sí, por supuesto, pero lo adivinaron... Bueno, tal vez alguien les está facilitando mis movimientos.

—Me gustaría ayudarle —repitió ella—. Pero no veo la manera.

—No se preocupe, por favor. Ya ha hecho bastante. En cuanto haya comido un poco, me marcharé. ¿Tiene confianza en los criados?

—Sí. Si evito que el negro se emborrache, no hay peligro alguno.

Son muy adictos, más amigos que criados.

—Eso está bien. Y ahora, si no le importa, voy a dormir un poco.

Tilly lo dejó dormir. A la una, todos los huéspedes comieron y luego se marcharon, despidiéndose hasta el mes siguiente. Se iban muy contentos.

Y por fin, quedaron solos. Tilly volvió al cuarto del hombre y vio que dormía con tanta tranquilidad que le dio lástima despertarlo, Y no lo hizo.

Bajó a recepción. Míster Romay y Smith habían vuelto a sus batallas de barcos. Tenían puesta una radio local y ésta anunciaba mal tiempo en la zona. Al mirar por la ventana, Tilly observó que, en efecto, había nubes sobre los montes, y el lago parecía muy oscuro. Tempestad, seguro.

Oyó el coche y se asomó. Pensaba que sería Tim, pero eran dos hombres desconocidos. Cruzaron la terraza y entraron en el salón.

—Buenas tardes —dijo uno de ellos, un tipo bien vestido, con una cartera plana de ejecutivo en la mano. El otro, más alto, y con un ligero bigotillo, vestía poco más o menos igual—. Desearíamos dos habitaciones.

—Lo siento —dijo Tilly—. Pero creo que...

—Oh, tiene usted habitaciones libres, ¿no es eso? —preguntó el hombre que hablara primero—. Bien, no creo que haya ningún problema.

Como siempre, Tilly lanzó una mirada a sus dos huéspedes. Romay movió negativamente la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Esperamos a unos huéspedes que han reservado todas las habitaciones.

El hombre la miró fijamente.

—¿Sí?

—Sí, señor.

—Permítame que le diga que no la creo. Bien, conozco mis derechos. Si usted tiene habitaciones libres, debe procurárnoslas. Enséñeme el libro de reservas.

Tilly podía verse en un lío con la Cámara de Comercio si negaba habitaciones habiéndolas libres, y lo sabía.

—No las he inscrito porque son clientes antiguos para los cuales no necesito hacerlo —afirmó.

—Eso lo dice usted, pero toda reserva debe ser consignada por

escrito. Lo siento, señorita, pero necesitamos esas habitaciones.

—Podría indicarles un albergue en el pueblo...

—Y nosotros podríamos indicarle que no deseamos albergue en el pueblo, sino aquí, junto al lago. Somos hombres de negocios y necesitamos tranquilidad para tratar uno muy importante. Y ahora, ¿va a darnos las habitaciones o no?

Estaba cogida. Míster Romay se levantó de su asiento y se acercó.

—La señorita ha dicho la verdad —dijo.

—¿Le conozco a usted? —replicó el otro instantáneamente—. ¿Es usted el dueño?

—No, no lo soy, pero la señorita ha dicho la verdad.

—Lo siento, amigo. Necesitamos esas habitaciones, y si las hay libres, que sí que las hay, porque nos hemos informado en ese pueblo, las vamos a ocupar o pondremos una denuncia. Eso es todo.

Tilly tenía la cara enrojecida por la ira.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó.

—Oh, eso no lo sabemos. Pero sí que tal vez vengan unos amigos para los cuales esperamos que también haya alojamiento.

—Firmen aquí. Pero si los huéspedes que esperamos vienen...

—Deberían haberse registrado antes en el libro de reservas. De lo contrario, tenemos derecho de prioridad.

—Bah —dijo Romay, mientras volvía a su asiento.

—¿Eso significa que no aprueba que hagamos valer nuestros derechos? —le preguntó el hombre.

—Eso significa que me deje en paz —respondió Romay.

—Muy bien, abuelo, yo le dejaré en paz, pero usted procure no meterse en lo que no le importa.

Tanto Romay como Smith se le quedaron mirando durante un momento. Luego volvieron a su juego, sin decir ni una palabra.

Los dos hombres firmaron. Después, Tilly los llevó a sus habitaciones, en el piso segundo. Las miraron y asintieron.

—¿Muchos huéspedes? —preguntó uno de ellos.

—Algunos.

—Esto parece tranquilo, ¿verdad? ¿Alquilan barcas en el embarcadero del lago?

—Probablemente, no. En esta época y hasta Navidad no suele haber visitantes.

—Bueno, ya lo arreglaremos para dar algunos paseos en barca.

—¿Y sus equipajes? —preguntó Tilly.

—Están en el coche. Haga que los suban.

Tilly fue a dar órdenes a Nehemiah. Los dos hombres dijeron que se quedaban en la habitación hasta que les subieran el equipaje. Tilly echó la llave a la habitación del herido y se la guardó. Bajó. Míster Romay dijo:

—¿Piensan estar mucho tiempo?

—No lo sé, míster Romay. Lo siento tanto como ustedes. No me gustan esos tipos.

—Ni a nosotros... Bueno, qué le vamos a hacer. Esperemos que se marchen pronto. No nos pongas muy cerca en el comedor. Tilly, no quisiera tener que aguantarles. Parecen viajeros de comercio.

Nehemiah había subido dos maletas pequeñas. Luego, los dos hombres aparecieron.

—Vamos a dar una vuelta por la orilla del lago. —Se habían puesto dos gabanes ligeros, amplios—. ¿Cuándo se sirve la cena?

—A las siete.

Tilly subió rápidamente al segundo piso y abrió la puerta del herido. Éste estaba ya despierto, y casi vestido.

—Escuche —dijo la muchacha—, han llegado dos tipos al hotel. No he tenido más remedio que darles habitación, pero no me gustan.

—Me voy ya. ¿Podría echarles una ojeada?

—Mire por la ventana. Están en la orilla del lago, junto al embarcadero.

Lemoine se movió con agilidad y precaución. No se asomó a la ventana, sino que miró a través de los visillos. La luz estaba apagada aún, porque el sol no se había puesto todavía.

—Pudieran ser —dijo contenidamente—. Tengo que marcharme sin que me vean.

—Le prepararé ropas de abrigo —dijo Tilly—. Va a haber tormenta. Y puede que nieve en la parte alta.

—Bueno, no puedo hacer otra cosa. Esos tipos... ¿Cómo han dicho que se llamaban? Por cierto, que da lo mismo. En realidad, jamás he sabido sus nombres, excepto en alguna rara ocasión.

Tilly se puso un dedo bajo la barbilla. Miró a Lemoine.

—¿No estaría usted mejor aquí, Steve? Abajo, en la leñera, por

ejemplo.

—Los complicaría a ustedes, Tilly. No quiero hacerlo.

—Nadie se enteraría. Sólo lo sabemos los criados y yo, y ellos no dirían nada. Pero si esos hombres... si esos hombres son los que usted cree, en esta habitación podría estar en peligro. Claro que pueden ser pacíficos hombres de negocios.

—¿Vienen muchos por aquí, en esta época?

—No.

—Ya lo ve.

—Quédese en la leñera. Yo procuraré que no permanezcan mucho tiempo en el hotel.

—De todas maneras, si puede proporcionarme ropas de abrigo... me marcharé. No quiero causarle ningún perjuicio.

Tilly volvió con un chaquetón de grueso paño, un chubasquero, camisa de leñador y pantalones de gruesa pana y botas.

—Se lo pagaré en cuanto pueda —dijo él.

—No diga tonterías. Pero le aseguro que debería quedarse. Las tormentas aquí son muy... son terribles.

—No son buenas noticias, pero parece que no me queda otro remedio.

—No sé nueva de la habitación. Le prepararé comida.

—Bueno, es usted un ángel. Si alguna vez me veo libre de esta especie de pesadilla, le aseguro que no lo olvidaré.

Tilly volvió con el morral lleno de comida. Luego se aseguró de que los otros dos hombres no estaban a la vista, y acompañados de Nehemiah, bajaron a la leñera. El hombre quedó escondido entre los leños.

—¿No tendrá... no tendrá usted un arma? —preguntó Lemoine.

Tilly movió la cabeza negativamente. Pero Nehemiah sacó una navaja de muelles y se la alargó al hombre.

—Gracias —dijo éste.

Tilly le tendió la mano.

—No salga si no es absolutamente necesario. Tenga la llave de la leñera. Si sale, déjela puesta en la puerta, por la parte de fuera.

—Gracias, de nuevo.

Tilly y Nehemiah salieron. La muchacha dijo:

—Nehemiah, no dejes entrar a nadie aquí. A nadie... Yo sé lo explicaré a Emmy y ella te lo contará.

—Nadie va a entrar por esa puerta, Tilly. No te preocupes.

CAPÍTULO IV

Los dos hombres habían vuelto y se fueron directamente a sus cuartos. Cuando Tilly entró en la cocina, le explicó, en las menos palabras posibles a Emmy, lo que ocurría. La negra abrió mucho los ojos. Se moría por las historias de detectives y aseguraba que si hubiera conocido a alguien como Shaft, jamás se habría casado con aquel animal de Nehemiah.

—No te preocupes, Tilly, vigilaremos a esos tipos por si no son hombres de negocios. Y no diremos nada a nadie.

Se quedó mirando a Tilly.

—¿Te gusta ese chico?

—¿Qué? —preguntó la otra, sorprendida.

—Un chico no mal parecido, y, además, con cien millones de dólares... Tiene que gustarle a cualquier muchacha.

—Vete al diablo. No, no me gusta. Pero es un hombre perseguido...

—Por ahí se comienza. Yo lo metería en una caja de caudales hasta que cumpliese los treinta y luego le obligaría a casarse conmigo. Yo le...

—Basta ya, Emmy. Estoy preocupada. La tormenta está ya casi encima y pensar que se vaya a meter en la montaña...

—Será mejor que haya tormenta, Tilly. De esa manera, no podrán perseguirlo... Un momento, ¿no has oído pasos? Arriba...

Tilly se puso en pie y seguida por la negra, subieron las escaleras. Uno de los nuevos huéspedes, el que había firmado como míster Thompson, estaba al fondo del pasillo ante una de las puertas.

—Ésa no es su habitación, míster Thompson —dijo Tilly, calmosamente.

El hombre se volvió, sin sorprenderse, al parecer.

—Estaba buscando el baño —dijo.

—Al fondo del pasillo —respondió Tilly.

Muriel Romay llegaba por la escalera. Se detuvo al oírles. Su pelo, teñido de malva pálido, brilló a la luz.

—Debería conocer mejor su habitación, señor —dijo dulcemente—. Antes se metió en la mía.

—Una equivocación lamentable —asintió Thompson—, y por la cual le pido disculpas, señora.

—Disculpado, pero no le aconsejo que lo haga cuando mi marido esté en ella. Le molesta mucho que le molesten. Se vuelve irascible.

—No ocurrirá, señora.

Thompson asintió y se dirigió hacia el baño. Tilly y Emmy se miraron. Muriel Romay las miraba, sonriendo vagamente.

—¿Algún problema con los nuevos huéspedes, Tilly, querida?

—Pues no, señora Romay. Sólo que lamento haberme visto obligada a admitirlos.

—Oh, bueno, no tiene importancia... Les dijiste que esperabas huéspedes, ¿no es verdad? A lo mejor viene alguno.

A la hora de la cena, los dos nuevos fueron instalados en la mesa que daba al pasillo de la cocina. Cada vez que Emmy abría la puerta, una corriente cargada de efluvios a comida les llegaba. Mientras, los Romay y los Smith cenaban agradablemente junto a la ventana, viendo cómo los relámpagos cruzaban las montañas y el aire golpeaba furiosamente el pórtico de la terraza.

Nehemiah encontró un momento para hablar con Tilly, que cenaba junto a sus huéspedes.

—¿Se marchó? —preguntó Tilly, moviendo apenas los labios.

—Creo que no, pero uno de esos tipos, el alto, trató de entrar en la leñera. Le dije que aquéllas eran mis posesiones y se largó. Pero me miraba de una manera extraña.

Tilly acabó de cenar y fue a la leñera. Acompañada de Nehemiah, que se quedó en la puerta, penetró en el cobertizo y encendió la luz.

Buscó entre los montones de troncos de alerce. La llave no estaba en la puerta, por lo que esperaba encontrar al hombre. No estaba. Preocupada, entró en el cuarto de la caldera y allí sí se hallaba Lemoine, dormido. Tenía la cara encarnada y Tilly comprendió que iba febril. Lo despertó dulcemente. Steve la miró.

—No pude marcharme —dijo—. Creo que tengo un poco de fiebre. Nada que no se cure con un trago.

Tilly le desabrochó la camisa y quitó el esparadrapo. La herida tenía los bordes enrojecidos.

—Le voy a curar —dijo la chica—. Y luego le pondré una inyección de antibiótico. Pero debería verlo un médico.

—¿Y quién? No me atrevo. Pero no se preocupe, Tilly. Por cierto. ¿Tilly es su nombre?

—Teleía. Un nombre holandés. Mi abuelo lo era... Escuche, si mañana no ha mejorado esto, lo va a ver un médico. No proteste.

—No quiero ponerles en dificultades.

—No se preocupe por eso. Nehemiah va a traerle un colchón. Aquí hace calor y no pasará mala noche... El negro vigilará, de todas maneras, y yo también.

Él le cogió la mano. La estrechó durante unos instantes.

—Algo bueno debí hacer en mi vida cuando Dios me permitió conocerla, Teleía. No me voy a olvidar de esto fácilmente.

—No diga tonterías.

Tilly volvió a la casa. Ya había terminado la cena. Los dos nuevos huéspedes se habían ido a sus habitaciones. Míster Romay, junto al fuego, leía una revista.

—¿Algún inconveniente, hija? —preguntó.

—Ninguno, míster Romay. Únicamente que me gustaría que no hubieran venido esos nuevos.

—Comprendo. Por cierto... ¿se supo algo más de aquel hombre que había sido herido? El que durmió aquí la otra noche.

Tilly estuvo a punto de sorprenderse.

—Pues... no.

—Bueno, bueno, eso está bien... Éste es un lugar tan tranquilo...

Tilly lo miró. Vio su cráneo casi calvo y su mirada por encima de los lentes de vista cansada. Aunque el anciano bajó los ojos casi al instante, le pareció sorprender un destello extraño.

—Míster Romay —dijo, de pronto—, ¿perdió usted mucho dinero anoche?

—Oh, poco, en realidad.

—Me pareció que las fichas eran muy altas.

—Pues, verás... Somos un poco fantásticos. Les asignamos altos valores para imaginarnos que ganamos o perdemos fortunas, pero

no hay tal.

—Comprendo. ¿*Mistress* Romay se ha acostado ya?

—Sí, creo que sí. Y yo no tardaré mucho tampoco. Anoche no dormimos casi nada.

A la mañana siguiente, Tilly se despertó muy temprano. Durante la noche, se había levantado un par de veces, pero no se atrevió a acercarse a la leñera. Se sentía muy nerviosa. Un par de veces le pareció oír ruido en el corredor y abrió su puerta con cuidado. Alguien iba hacia el baño, pero no pudo saber quién era.

Antes del desayuno, fue a la leñera. Abrió. El hombre parecía dormir apaciblemente, y al tocarle, dio un salto. No tenía fiebre. El suspiro de alivio de la muchacha casi llegó hasta el techo.

—Soy yo, no se asuste.

—Es ya casi una costumbre en mí —respondió el hombre—. Me encuentro muy bien. Dispuesto para marcharme.

—Bueno, ¿no puede hablar de otra cosa? ¿Es que no se encuentra bien aquí?

—Por supuesto que sí.

Tilly le miró la herida. Ya sólo tenía un ligero halo rojo. Indudablemente, estaba mejor.

—Ahora le traerán el desayuno. ¿Huevos revueltos con tostadas?

—Sí, gracias.

Cuando salía, se llevó un sobresalto. Uno de los nuevos huéspedes, el llamado Thompson, estaba ante ella.

—Hola —dijo—. Espléndida mañana. ¿Qué tienen ustedes ahí dentro?

—Pues... leña, por supuesto.

—Me pareció que hablaba con alguien.

—Hablo a solas, a veces.

Cerró la puerta y se guardó la llave.

—Vamos, el desayuno le está esperando.

—Este sitio es extraordinario. No me extrañaría que nos quedásemos unos cuantos días.

—Ya le dije...

—Oh, sí, ya la oí. Pero es tan agradable...

La siguió hacia el comedor. Su compañero estaba ya instalado ante una de las mesas.

Y mientras Emmy servía, Tilly oyó el motor de un automóvil y

se asomó a la ventana. Un grupo de hombres acababa de descender de un coche y se dirigía hacia la puerta.

El corazón le dio un salto. Eran cuatro, altos, vestidos con ropas de ciudad y caminaban firmes y decididos. Abrieron la puerta y se quedaron mirando hacia Tilly.

—Hola —dijo uno de ellos—. ¡Ya estamos aquí! Supongo que tendremos las habitaciones preparadas.

Tilly abrió la boca, pero el hombre no le dio tiempo ni a hablar.

—Ya sé, ya sé que nos hemos retrasado dos días, pero por fin estamos aquí. *Miss Clarence*, ¿tenemos ya las habitaciones preparadas? Y venimos hambrientos como lobos.

Tilly tragó saliva. Le parecía que la cabeza estaba comenzando a darle vueltas. Nadie había reservado habitaciones, salvo en su imaginación, cuando se lo dijo a Thompson y a su compañero. No, aquello era simplemente imposible. No los conocía, pero la habían llamado por su nombre...

Lanzó una mirada a *míster Smith*. Éste y Romay sonreían abiertamente. Comprendió.

—Por supuesto, pero ha habido un pequeño inconveniente...

El hombre la miró con los ojos cómicamente abiertos.

—¡No me diga que a su viejo amigo y cliente Werder le ha dejado sin su habitación favorita, y a sus amigos también!

—*Míster Werder*, estos caballeros —señaló a Thompson y al otro— llegaron inopinadamente ayer y tuve que alojarlos.

—Pero ¿no les dijo que tenía las habitaciones reservadas para nosotros, *miss Clarence*?

—Insistieron, dijeron que o los tenía a ustedes inscritos en el libro de reservas o tenía que darles las habitaciones a ellos.

—Pero, bueno... ¡Eso tiene fácil arreglo! Clientes antiguos como nosotros... ¿Quiénes son?

Thompson se puso en pie.

—Somos nosotros y conocemos nuestros derechos. Si no estaban ustedes inscritos...

—Bueno, bueno...

Werder se dirigió hacia él y le pasó una mano sobre el hombro. Thompson intentó zafarse, pero el hombre parecía afectuosamente indignado.

—*Míster*... Bueno, como se llame... Pero verá, siempre nos

alojamos en el hotel de *miss* Clarence, y cambiar de costumbres... ¿Verdad que no le importa trasladarse al pueblo? Un favor a un amigo...

—No —dijo Thompson—. Necesitamos esas habitaciones y conocemos nuestros derechos.

—Bueno, pero si no se trata de... ¿quién habla de derechos? Un favor a un amigo... Bueno, bueno, no vamos a discutir. Ustedes se bajan al pueblo y nosotros ocupamos nuestras habitaciones de costumbre.

—¡He dicho que no! Tengo derecho.

—¿Otra vez? Nada de derechos. Favores, favores a unos tipos como nosotros... Bueno, *miss* Clarence, haga bajar las maletas de estos señores. Nosotros nos ocuparemos de sus cuentas. Todo pagado. A mis amigos y a mí no nos importa pagar su alojamiento, con tal de vivir en nuestras habitaciones de siempre.

Thompson iba a abrir la boca, pero su compañero le lanzó una mirada. Dijo:

—Está bien, pero que conste que podríamos presentar una reclamación ante la Cámara de Comercio.

Werder le miró, sonriendo amistosamente.

—No, hombre. Hala, y en cuanto nos veamos en el pueblo, nos tomaremos una copa... Mejor, ¡ahora mismo! *Miss* Clarence, ¿puede servirnos unas copas?

—Con mucho gusto —respondió Tilly—. Ahora mismo.

Las tomaron. Thompson y su amigo, a regañadientes. Sus caras estaban muy serias, pero no siguieron oponiendo reparo alguno. El grupo recién llegado parecía, por otra parte, que disfrutaba con la situación.

Nehemiah bajó las maletas de los dos y éstos subieron a su coche. Lanzaron una última mirada a Tilly.

—Seguramente volveremos cuando estos caballeros se hayan marchado —dijo Thompson.

—Nada, nada, háganlo —respondió Werder—. Sólo que pensamos quedarnos unos cuantos días. Después, ya podrán ustedes quedarse con las habitaciones... Ja, ja... Bueno, quiero decir ocuparlas, no llevárselas... Ja, ja...

Tan pronto como los otros hubieron partido, Werder se reunió con sus tres compañeros y salieron a la terraza. Tilly se aproximó a

míster Romay, a su esposa y a los Smith.

—Gracias, míster Romay —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el anciano.

—Por haber montado este *show*.

—Ningún *show*, Tilly. *No nos gustaban esos caballeros y, afortunadamente, ese míster... como se llame, llegó a tiempo.*

—Y claro, él sabía mi nombre y sabía también que yo había mentido sobre los de las reservas, ¿verdad? ¿Cómo lo ha conseguido, míster Romay?

—Pues... si me guardas el secreto, llamé a unos antiguos amigos y ellos me enviaron a sus empleados. Eso es todo.

—¿Piensan quedarse, míster Romay?

—Oh, no, se marcharán tan pronto como Thompson y su poco agradable amigo se hayan inscrito en algún albergue del pueblo. Bueno, no te preocupes. Parece que la tormenta ha llegado.

Había llegado. Un trueno inmenso despertó los ecos de las montañas y la lluvia comenzó a caer como una tromba. Werder entró en el salón.

—Bueno, vamos a dar una vuelta por el pueblo —dijo. Esta vez parecía haber perdido su facundia anterior. Estaba serio, y sus movimientos eran precisos—. Saber si esos tipos se han albergado. Tal vez no sea siquiera necesario que volvamos. Las habitaciones quedarán a nuestro nombre tanto tiempo como usted lo considere necesario, *miss* Clarence. Ah, y deme el libro de reservas.

Tilly se lo alargó, sonriendo.

—Tenga la bondad de consignar que estas habitaciones estaban reservadas desde el día... el día que usted quiera. ¿Les enseñó el libro a ellos?

—No llegué a hacerlo, pero les dije que la reserva era de palabra.

—Bueno, ya no lo es. Por si acaso la Cámara de Comercio tiene alguna reclamación que hacer. Firmamos ahora en el libro registro y todo queda en absoluto orden.

—Quisiera invitarles a alguna cosa —dijo Tilly.

—No, gracias. Bueno, quizá otra copa...

La bebieron y saludaron a Tilly, como si brindasen por ella. Luego se marcharon, tras estrecharle la mano. Tilly suspiró.

—Tienen ustedes buenos amigos, míster Romay —dijo.

—Oh, sí, antiguos compañeros de negocios... como los que vienen los primeros viernes de cada mes. Siempre es conveniente mantener contacto con los antiguos amigos. Gente simpática, ¿eh?

—Muy... efectiva —respondió Tilly—. Supieron hacerlo todo como si se tratase, en efecto, de alegres compadres.

Smith sonrió sin decir nada, y él y Romy se enfrascaron en una batalla de barcos. «G-2,
G-3,
acorazado tocado».

Y Tilly se marchó a la leñera. Steve Lemoine estaba vestido con las ropas de abrigo y fumaba un cigarrillo con expresión meditabunda.

—Buenas noticias —dijo la muchacha—. Han llegado unos huéspedes...

—¿Más todavía? Muchos contra uno solo, en el caso de que...

—Oh, no... ¿Recuerda a mis ancianos pensionistas? Pues unos amigos suyos han reclamado las habitaciones que ocuparon aquellos dos y los han... prácticamente expulsado. Todo muy correcto, pero ya no tiene nada que temer.

—Estupendo, Teleía... ¿Y se quedarán?

—No. Tengo la impresión de que mister Romy, su esposa y los Smith querían estar solos, y lo han conseguido de una manera muy eficaz. Ya no necesita usted salir e incluso puede volver a su habitación.

—Pero yo debo marcharme. Si esos dos tipos eran de ellos, volverán, y podrían ponerla a usted en un compromiso. Y no lo deseo.

—No diga más tonterías. Escuche, ¿no tiene a nadie que pueda ir hasta su hermano y tratar con él?

—No tengo a nadie. Mi hermano ha comprado a todo aquel que pudiera ayudarme. Incluso...

—¿Incluso?

—Incluso se casó con la muchacha con la que yo me iba a casar. Lo hizo muy bien.

Hubo un silencio. Tilly dijo:

—¿Dolió... dolió mucho?

—Un poco. Pero me demostró que si ella era capaz de hacerme eso, el casarme con ella hubiera sido una idiotez, ¿no es verdad?

—Supongo que sí. No estaría muy enamorada de usted cuando lo hizo.

—El dinero de Orgell estaba ya seguro y el mío no. Además, Orgell se garantizaba que ella no pudiera declarar contra él en un posible juicio. Estaba bien pensado.

—Pero usted ha podido ponerse en manos de algún abogado bueno...

—¿Cree que no lo intenté? Orgell los despistó a todos. ¿No ve que no hay pruebas? Yo soy un loco que anda huyendo, y al que habría que poner una camisa de fuerza. Y sé que si me hacen examinar por psiquiatras, estoy listo. A los quince años, tuve una depresión que necesitó tratamiento. Mi querido hermanito se las arreglaría para meterme en alguna institución, de la que sólo saldría vaya usted a saber cuándo. No. Teleía, estoy cogido... hasta dentro de unos días, en que cumpla los treinta. Entonces podremos luchar de igual a igual.

—Comprendo. Bien, va usted a subir a su habitación. Ahora no hay peligro.

—Gracias, pero...

—No hay pero, Steve...

—Me gusta como pronuncias mi nombre, Teleía.

—Pues si te gusta, sube a tu habitación... Vamos.

Se asomó. El camino estaba expedito, excepto por la cortina de agua que caía.

Cuando estuvieron en la habitación, Tilly dijo:

—No salgas de aquí, ¿quieres? Bueno, excepto para ir al baño, por su puesto.

—¿Y esos ancianos?

—Son antiguos amigos. Pero de todas maneras no quiero que sepan que estás aquí. ¿Quieres unos libros?

—Bueno. Hace tiempo que no tengo ocasión de leer con un poco de tranquilidad.

Tilly se los subió. Novelas policíacas, en su mayor parte. Steve las contempló con ironía.

—Tal vez haya aquí algo que me sirva. Y también podría escribirlas yo, tras todo lo que he pasado.

Tilly se le quedó mirando.

—No es una mala idea. Te subiré papel y bolígrafo y comenzarás

hoy mismo a escribirlo todo.

Steve se encogió de hombros.

—Bueno, si crees que serviría para algo...

—Simplemente, no lo sabemos, pero en algún momento podría servir. Hazlo.

—Lo haré.

Tilly le subió el papel y los bolígrafos y luego lo dejó. La mañana transcurrió entre trombas de agua y a la tarde, la tormenta descendió de intensidad.

—Emmy —dijo a la criada—, no quiero bajar al pueblo, pero hay que hacer algunos encargos. Tú o Nehemiah podríais...

—Iré yo —dijo Nehemiah.

—No —afirmó la muchacha negra—. Aprovecharías para coger la borrachera semanal y no me da la gana. Bajaré yo. Tilly, hazme la lista de las cosas. Además, «este hombre» podría serte de utilidad aquí.

—De acuerdo.

Y Emmy se puso un chaquetón de cuadros negros y rojos y se preparó para marchar.

CAPÍTULO V

Una hora más tarde, Tilly encontró un rato libre para subir a la habitación de Steve Lemoine. Ya antes de llegar a la puerta, oyó voces dentro del cuarto, y se sobresaltó. Escuchó, antes de coger el picaporte y se sorprendió aún más. Se trataba de una voz de mujer.

Abrió. Steve estaba sentado en su cama y la señora Romay en una silla.

—Hola, querida —dijo Muriel Romay—. No me habías dicho que teníamos un nuevo huésped. Bueno, aunque creo que no es muy nuevo. Me parece haberlo visto antes.

—Yo... Bueno, sí, pero es porque...

—Oh, ya me marchaba, querida. Por cierto, míster Atkinson es un joven encantador. Hemos tenido una larga charla.

Se puso en pie y golpeó en un hombro a Tilly.

—Hasta luego, querida. —Y salió.

Tilly se quedó mirando, desalentada, a Lemoine.

—Te dije que no abrieras.

—Abrió ella —respondió el joven—. Yo me preparaba a defenderme con el cuchillo cuando vi que era una mujer anciana. No iba a emprenderla a cuchilladas concuna señora. Además, es una persona muy simpática.

—¿Qué le has dicho?

—Nada, salvo que había pedido alojamiento. Por otra parte, apenas me ha dejado hablar. Todo o casi todo se lo ha dicho ella.

—Bajaré y hablaré con la señora Romay. Podría irse de la lengua y...

—Lo siento, Teleía, pero no he tenido la culpa. Ignoro cómo ha podido saber que había alguien aquí, en esta habitación.

—Ya es tarde para llorar.

Tilly bajó. Muriel hacía calceta en un rincón de la sala, cerca de la chimenea, mientras su marido y Smith jugaban a los barcos y

Janet escuchaba la radio.

—Señora Romay, no crea que intentaba ocultarles nada, pero es que... bueno, ese joven llegó anoche y me dio lástima. Había estado en los bosques y venía calado hasta los huesos y...

—¿Tu amante, querida? —preguntó apaciblemente Muriel, sin levantar la voz.

—No, señora —dijo Tilly, un poco rabiosamente—. No lo tengo y si lo tuviera, no lo traería aquí de esta manera.

—No te ofendas, querida. Bien, ya lo veo. Le tienes lástima. Es un joven muy agradable, por otra parte. No te preocupes. Pero ¿acaso es que no deseas que se sepa que está aquí?

—¿Lo ha dicho usted a alguien, señora Romay?

—No, querida.

—Se lo agradezco. Señora Romay, hay una historia que no estoy autorizada a contar, pero...

—Nada te he preguntado, querida. Cada uno puede tener sus secretos y los demás deben guardarse bien de meterse en ellos. Mira por ti y los demás mirarán por sí mismos. Algo así. Bien, no diré nada, pero ¿acaso tiene algo que ver su presencia aquí con la de esos maleducados que se han marchado hoy mismo?

—Pues... tal vez sí, señora Romay.

—Y tú deseas que no hable a nadie, a nadie, de la presencia de ese joven en el hotel.

—Pues... si fuera usted tan amable... Señora Romay, le doy mi palabra de que no se trata de un lío amoroso.

—Y yo te creo, querida. No hablemos más del asunto, pero si alguna vez hablo con ese joven, ¿te molestará?

—No, señora, pero déjeme decírselo: si se sabe que está aquí, puede ocurrir algo grave.

—¿Cuántos días lleva aquí, querida?

Los ojos de la anciana se clavaron en los suyos. Eran azules y penetrantes.

—Tres días, señora Romay. Éste... los criados lo saben. Ha sido necesario. Yo... yo le contaré alguna vez lo que ha ocurrido.

—Gracias, querida. Eres muy amable.

A las doce y media vio llegar la furgoneta. Salió a la terraza y lanzó una exclamación. Llovía a rachas y el viento era muy fuerte.

Emmy descendió. Traía las ropas destrozadas y enlodadas y el

pelo, que solía llevar al modo africano, formando una corona de menudos rizos sobre la cabeza, pegado por el barro. En una de sus mejillas, una cortadura.

—¡Un accidente! —gritó Tilly, corriendo hacia ella.

La negra sollozó un «no», y se abrazó a Tilly, apretándola como si tuviera frío. Tilly la empujó hacia dentro. Nehemiah venía desde la leñera, con el hacha en la mano.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Tilly.

—Tiene las ruedas pinchadas, las cuatro —dijo Nehemiah.

Pero Tilly no se preocupaba de las ruedas del coche, sino de la muchacha de color. Ésta aspiró profundamente y miró a su alrededor...

—Yo...

—Vamos, vamos, vamos... —dijo Tilly, cariñosamente—. Espera, te daré un trago.

Míster Romay y su compañero se habían acercado y observaban la escena, extrañados. Tilly preparó rápidamente un *whisky* y se lo dio a la negra. Ésta lo bebió ansiosamente. Luego, los miró a todos.

—Ven —dijo a Tilly.

Fueron a la cocina. Pero sólo entraron en ella las dos muchachas y Nehemiah, que seguía como atontado con el hacha en la mano.

—¿Qué ha ocurrido, Emmy?

—Me han asaltado en el camino —respondió la negra.

—¿Quiénes?

—No lo sé, llevaban la cara tapada. Eran tres hombres.

—¿Qué... qué te han hecho?

—Golpearme. Uno de ellos habló de violarme, pero no lo hicieron. Pero sí me golpearon los grandísimos bastardos.

—Emmy —dijo Tilly—, ¿qué querían? ¿Sólo golpearte?

—No —respondió la negra, mirándola intensamente—. Querían saber si había un hombre en el hotel.

Tilly contuvo la respiración.

—Emmy, ¿eran los mismos que estuvieron aquí?

—No lo sé, Tilly, por Dios que no lo sé. Ya te digo que no pude verles las caras. Pero cuando les dije que aquí no había nadie si no los huéspedes, se pusieron a golpearme, y me dijeron que me matarían si decía algo. Y por Dios, que parecían capaces de hacerlo.

—¿No les dijiste que estaba aquí ese hombre? —bajó la voz.

—No, no se lo dije. Pero por un momento creí que me iban a romper la cara. Mira cómo me han puesto, los malditos asquerosos, hijos de perra.

—Voy a bajar al camino, y si los encuentro, palabra de honor que les voy a cortar algo que yo sé —dijo Nehemiah, acariciando rudamente el pelo de su mujer.

—Quédate dónde estás y no te muevas —ordenó Tilly—. No se te ocurra bajar ni salir del hotel. Yo arreglaré esto.

—¿Vas a llamar al *sheriff*, Tilly? —preguntó Nehemiah.

—Sí, le voy a llamar. Él sabrá lo que hay que hacer. Pero tú no te muevas del hotel, ¿me has entendido? Emmy, ¿tienes algún golpe fuerte en el cuerpo? ¿Algún hueso...?

—No, creo que no.

—Desnúdate. Quiero verlo. Por otra parte, tienes que bañarte.

La negra se quitó el jersey y los pantalones, quedando solo en bragas y sostén. Tenía un cuerpo largo, ahusado, muy bonito. Tilly la examinó. No parecía haber más que unas cuantas magulladuras en las caderas y en la parte alta del pecho.

—Parece que nada. ¿Te golpearon en la cabeza?

—Dos o tres veces en la cara. Pero dijeron que me matarían si hablaba.

—Quisiera yo ver quién es el que va a matarte —dijo Nehemiah, temblando de furor contenido—. Tilly, si no llamas al *sheriff*, bajaré y buscaré a esos tipos hasta que los encuentre y...

—Báñate, Emmy, y luego acuéstate. Yo haré todo lo que hay que hacer.

—Estoy bien, te digo. No voy a acostarme. Pero, Tilly, esos tipos podrían venir aquí, y sólo Nehemiah podría ocuparse de ellos. Y estaban armados y no quisiera que le ocurriera nada a Nehemiah.

Tilly los dejó en la cocina y volvió al salón. Sus ancianos huéspedes estaban sentados junto al fuego. La miraron silenciosamente. Tilly vaciló sólo un momento. Luego, su sentido del deber y de la justicia se impuso.

—Voy a llamar al *sheriff* —dijo—. Tilly ha sido atacada por tres individuos cuando subía desde el pueblo.

—¿Por qué la han atacado? —preguntó Romay.

—Pues... —hubiera mentido, pero los ojos de Muriel estaban fijos en ella. Comprendió que no tenía más remedio que hablar—.

Lo siento. Parece ser que es culpa mía.

—Habla, hija —dijo míster Smith—. Creo que todos somos amigos tuyos, y si estás en un conflicto, tal vez podríamos ayudarte en algo.

—Escuchen, siento que esto haya ocurrido no estando aquí mis padres. Si ellos se hubieran encontrado en el hotel, tal vez no habría sucedido. No voy a quitarme nada de culpa.

—No te preocupes, queridita —dijo Janet Smith—. Todos nos hemos equivocado alguna vez. Dinos qué es ello.

—Se trata del hombre que llegó hace tres días al hotel. La señora Romay sabe quién es. Está perseguido y...

Lo contó todo, sin omitir nada en absoluto. Los otros la escucharon sin decir una sola palabra. Cuando acabó, la muchacha añadió:

—Como ven, en este momento, el hotel se ha convertido en algo... peligroso. Tengo ganas de llorar porque todo ha sido por culpa mía, pero ello no remediaría nada. Ustedes... ustedes deberían marcharse de aquí. Porque aun cuando ese hombre saliese, ellos podrían vengarse o pensar que se encuentra aquí. Y el *sheriff* no podría protegernos siempre.

—¿Llamarías al *sheriff* y le entregarías a ese míster... como se llame? —preguntó Romay.

—No tengo más remedio, señor Romay. Yo... bueno, la verdad es que no tengo más remedio.

—Vamos a pensarlo un poco, querida —dijo Smith—. Temes que esos hombres intenten hacer algo en el hotel.

—Sí.

—Por otra parte, si ese hombre se va, ello podría ser una solución. Esos tipos a los que tú llamas ellos, se enterarían más tarde o más temprano, y entonces todo quedaría arreglado.

Tilly apretó los labios.

—Pero... no quieres echarlo, ¿verdad?

—No, pero no tengo más remedio. No puedo hacer que corran los demás riesgos por mi culpa. Lo comprenden, ¿verdad?

—Sí, claro. Bien, bien, parece que es un compromiso —dijo Smith.

—Aunque tal vez no sea un compromiso demasiado... No sé, no sé —indicó Romay.

—Míster Romay, míster Smith, yo... he tenido la culpa, pero ustedes pudieran ser molestados. En el pueblo...

—¿Deseas que nos bajemos al pueblo, queridita? —preguntó Muriel.

—No, por Dios, pero me parece que sería lo más prudente. Por el momento, voy a avisar a Tim Brock, el *sheriff*.

—Espera un momento. Llegarían aquí los policías, lo llenarían todo de barro con sus botas... harían preguntas, tendrías que responder...

Janet Smith hablaba tranquilamente, casi sin separar los ojos de su labor de punto.

—Tilly, querida —dijo Romay—. ¿Quieres cerrar la puerta? Quiero decir, echar los cerrojos a la puerta delantera y a la trasera.

Los ojos de Tilly se abrieron mucho.

—¿Por qué?

—Hazlo, por favor.

Lo hizo.

—Muy bien. La de la cocina estará cerrada, ¿verdad?

—Pues, sí. Nehemiah lo ha hecho.

—Perfecto, querida. Ahora, ¿quieres decirle a ese joven que baje?

—¿Para qué? —preguntó ella, sorprendida.

—Es un favor que te piden tus viejos amigos. Queremos... queremos verlo.

—Pero él pensará que yo le he traicionado.

—No, querida. No te preocupes por eso. Hazle bajar.

Tilly, a regañadientes, lo hizo. Lemoine estaba echado en su cama, leyendo. Se puso en pie.

—Escucha, han ocurrido cosas —dijo Tilly.

Y le puso al tanto, en pocas palabras.

—Lo esperaba —dijo él, golpeándose la palma de la mano izquierda con el puño derecho—. He hecho el bestia, me he portado como un jumento, y ahora estás tú en un buen compromiso. Pero lo voy a arreglar. Me voy a entregar al *sheriff*. Ahora mismo. Y que sea lo que Dios quiera.

La miró.

—¿Para qué quieren verme esas personas?

—No lo sé. Pero estoy muy obligada a ellos y...

Lemoine se puso en pie.

—Bien, por ti. Vamos abajo.

Los recibieron con miradas fijas, pero no hostiles. Romay tomó la palabra.

—Joven, ¿es cierto todo lo que nos ha contado *miss* Clarence?

—Dispense, señor, ¿esto es un tribunal?

—Oh, no, por favor... Pero somos amigos de *miss* Clarence y deseamos saber si ha sido engañada por un individuo cualquiera, que ha aprovechado su ingenuidad. ¿Cómo sabremos que no es un huido de la justicia?

—No pueden saberlo... ahora. Pero lo sabrán tan pronto como me entregue al *sheriff*. Nada tiene la policía contra mí.

—Ya. ¿Le importa que le haga alguna pregunta?

—Sí. Tengo que bajar al pueblo. Y tengo prisa en hacerlo. Podría llamar al *sheriff* desde aquí, pero no quisiera inmiscuir a *miss* Clarence en el asunto. Bajaré y me entregaré.

—¿Se llama usted Lemoine?

—Me llamo Lemoine y figuro en el *Who's Who*. —Se volvió a la muchacha—. Toma.

Se sentó en una silla, se quitó una bota y sacó de ella dos papeles. Se los entregó a la muchacha. Era un permiso de conducir y un pasaporte. Tilly los ojeó. Estaban a nombre de Steve Lemoine, y la fotografía del pasaporte era, indudablemente, la del hombre que tenía junto a ella. La muchacha se los devolvió y él los entregó, a su vez, a Romay.

—Y ahora, me voy —dijo cuándo el anciano se los devolvió.

—Espere un poco —dijo Smith. Se había puesto en pie. Era de pequeña estatura, completamente calvo y de rasgos un poco toscos—. ¿Le importaría responder a alguna otra pregunta?

Tilly se dio cuenta de dos cosas al mismo tiempo. La primera, que los cuatro habían cambiado una ligera mirada, como si estuvieran consultándose. La segunda, que la voz de Smith sonaba... autoritariamente.

—Verá, míster Lemoine... Tuve algún negocio con su padre.

—¿Usted? —preguntó el joven, asombrado.

—Sí. Nosotros, John y yo teníamos una empresa de exportación y de importación. Tuvimos... algunos contactos con su padre. Orgell Lemoine. Aún me acuerdo cómo se llamaba. ¿No es así?

—Sí.

—Bien, nos gusta este sitio. Es tranquilo, y nuestros huesos, viejos ya. No nos gustaría que se acabase esta tranquilidad. Pero tenemos afecto a Tilly. La apreciamos y no estando sus padres... pues nos gustaría hacer algo por ella. ¿Me entiende?

—¿Y qué pueden ustedes hacer?

—Oh —respondió Smith, sonriendo—. Somos unos vejstorios casi mandados a retirar. Pero hasta los ratones pueden dar alguna idea si es necesario. Como ha dicho Muriel, si llamas a los policías, Tilly, te los encontrarías por todas partes, y todo serían molestias. Creo que habría alguna manera de arreglar este asunto sí... ustedes confían un poco en la suerte.

—Oh —dijo Lemoine, con un gesto escéptico—. No lo dudo, señor, pero vean lo que le ha ocurrido a Emmy. No quiero ver aparecer por esa puerta a esos tipos. Total, si me entrego, y la policía logra mantenerme durante veinte días a cubierto, la cosa se habrá arreglado. Por favor, no hablemos más del asunto. Voy a entregarme.

—¿Quiere usted esperar a mañana?

—¿Para qué? Esta noche pueden llegar aquí. Sospechan que estoy en el hotel. No se pararán ante nada. Mi hermano paga muy bien.

—Tenga confianza en los hados. ¿No se dice así? No vendrán aquí.

—¿Cómo lo sabe?

—Es una corazonada de viejo, Lemoine. Una simple corazonada. Muriel Romay habló con su voz sedante:

—¿Por qué no hacen caso a míster Smith? Es tan... Sus corazonadas tenían fama en sus negocios.

—Lo siento —respondió Steve—. No quiero comprometer a Teleía, ni a ninguno de ustedes.

—Le ruego que lo medite, Lemoine.

Tilly estaba pensativa.

—Míster Romay, ¿se está usted refiriendo a sus... amigos?

—Digamos que confío en la suerte, Tilly. Por favor, ¿querríais hacernos este pequeño servicio? Esperad a mañana.

—Conforme, míster —dijo Lemoine—. Pero si mañana ha ocurrido algo que ponga en peligro a alguien de esta casa, me

entregaré. Y sigo creyendo que estoy cometiendo una tontería... criminal.

—Cállate, por favor —dijo Tilly. Sus ojos brillaban extrañamente —. Míster Romay, esperaremos. Sólo falta preguntarle a Emmy. Si ella quiere avisar al *sheriff* y denunciar lo que han hecho con ella, no podremos impedirlo.

Muriel Romay se puso en pie, y sin decir una sola palabra, se dirigió hacia la cocina.

Míster Smith miró a Lemoine.

—Dijo usted que la agencia de detectives que su hermano contrata es...

—No lo dije, míster Smith. Pero es Dogherty Hermanos. Pero quizá ellos no sean los que envían gente contra mí. Sólo le dicen a mi hermano dónde estoy...

—Sí, claro, sí. Su hermano contrata asesinos profesionales, ¿no es así?

—Bueno, él no puede tener contacto con esa clase de gente. Hay alguien que lo hace en su lugar.

—Y usted piensa que sean Dogherty Hermanos.

—Pues... no lo sé. Pero muchas veces he pensado que tiene que ser así.

—Sí, claro, comprendo. Y ahora, creo que deberían ustedes tomar una copa mientras esperamos la comida. Yo tengo que tomar mi medicina...

Y salió del salón. Lemoine miró a Tilly, y ambos se dirigieron al mostrador de recepción, mientras Janet Smith continuaba con su labor. Y Romay se enfrascaba en dibujar cuadrículas en un papel para poder jugar a las batallas navales.

CAPÍTULO VI

Eran las siete de la tarde. La lluvia había cesado, pero el viento soplabla con mucha fuerza. La gran puerta del hotel, estaba cerrada, y en la cocina, Emmy preparaba la cena, junto a su marido. La negra estaba charlatana y contaba por décima vez lo que le había ocurrido, y Nehemiah respondía que tenía que cortarles toda clase de cosas a los que habían hecho aquello con su mujer.

Cuando oyó el ruido del motor, Tilly se puso tensa.

—Vete arriba —ordenó a Steve.

Los cuatro ancianos levantaron la cabeza, pero no se movieron de sus asientos. Steve se puso en pie y se dirigió renuientemente hacia la escalera.

—No quiero andar huyendo, pero por sí...

Llamaron a la puerta, y Tilly se asomó a una de las ventanas. Vio la alta figura con las botas, a la luz del antiguo farol marinero.

—Márchate —dijo—. Es Tim, el *sheriff*.

Abrió la puerta. Tim apareció, seguido de uno de sus ayudantes.

—¡Santo cielo, qué noche! Buenas noches a todos.

—¿Ocurre algo, Tim? —preguntó Tilly.

—¿Sin novedad por aquí?

—Sin novedad. ¿Por qué?

—Cielos, un trago no nos vendría mal —dijo el *sheriff*. Tilly les sirvió, y los dos hombres bebieron—. No me digan. Un sitio tan tranquilo como éste en invierno y en otoño, y de pronto...

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Muriel Romay.

—Bueno, algo ha ocurrido. Por eso he subido. Para saber si todo estaba tranquilo por aquí.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó Tilly, exasperada.

—Ha sido en el albergue de Collie. Al parecer, estaban allá unos tipos alojados y llegaron otros tres. Subieron para verlos, y Collie oyó ruido. Luego, bajaron los cinco, y los tres que habían llegado

los últimos dijeron a Collie que eran policías y que detenían a aquellos tipos. Collie dijo que los llevaban esposados y que parecía que habían golpeado a ambos. Pero me extraña que si eran policías no hubiera hablado conmigo primero.

—¿Y qué más ocurrió? —preguntó Tilly.

—Pues que se los llevaron en un coche. He hecho algunas investigaciones y telegrafiado a Trenton. No saben nada de policías ni se ha denunciado nada.

Bebió otro trago.

—Bueno, sigan teniendo la puerta cerrada. Este asunto me da mala espina. Hubiera radiado una orden de detención, pero nadie conoce la matrícula del automóvil en que se marcharon. El de los otros dos tipos, que se llaman Thompson y Lorne no se ha movido de la calle.

Tilly abrió la boca, pero una mirada de Romay la hizo callar. Tim no se dio cuenta.

—Sí, he telegrafiado la matrícula del automóvil de Thompson, pero es de Chicago, y tardarán en contestarme. Bien, tengo que marcharme. Gracias por el trago.

Romay hizo una pregunta:

—Esos tipos, Thompson y... ¿Lorne, dijo? ¿Estaban solos?

—En el albergue de Collie, sí. Pero han sido vistos con otro individuo. Lo estoy buscando. Bien, Tilly, si veis por aquí alguna cosa, llamadme inmediatamente. Hasta luego.

Se marcharon. Tilly dio media vuelta y se quedó mirando fijamente a los ancianos.

—Míster Romay...

—¿Qué, hija?

—Sus... amigos... Los que estuvieron aquí...

—Sabemos tanto como tú, hija.

—Lo mismo que tú —añadió Janet Smith—. Pero creo que podríamos tomar un trago, como tus amigos, los policías. Simplemente, nos apetece, ¿verdad, queridos?

Tilly se dejó caer en un sillón.

—Se lo serviré con mucho gusto —dijo, dejando escapar con fuerza el aire entre los labios—. Pero si quisieran decirme...

—¿Qué, hija? Nada sabemos. Somos simplemente unos viejos que desearían tomar un trago.

Tilly lo sirvió. Luego se les quedó mirando mientras bebían.

—¿Hay —dijo—, alguna manera de darles a ustedes las gracias? Hubo un silencio. Un silencio casi espeso.

—Puede —dijo Muriel—. Puede, querida. No volviendo a hablar más del asunto.

—Y diciéndole a ese joven que baje a beber con nosotros. No sé por qué, esta noche me siento con ganas de pasarme en los tragos.

—Tu hígado, querida —dijo el marido.

—Mi hígado me sobrevivirá, viejo gruñón. Haz bajar a ese joven.

Y Tilly subió a buscar a Steve. En pocas palabras le puso al corriente. Lemoine abrió mucho la boca.

—Teleía, ¿quiénes son tus huéspedes? ¿Quiénes son, en realidad?

—Unos jubilados deseosos de tranquilidad —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Sólo sé eso.

Bajaron. Steve brindó con todos, mientras los viejos charlaban tranquilamente de labores de punto y de las ventajas relajantes de las batallas navales.

Apenas habían acabado de cenar, cuando sonó el teléfono. Tilly lo cogió y una voz masculina preguntó si podía hablar con míster Blair. Tilly dijo que se había equivocado y colgó.

Poco después vio a míster Romay hablando por teléfono. Trató de escuchar lo que decía, pero el anciano hablaba en voz demasiado baja. Luego, todos se fueron a acostar.

Y Tilly y Steve quedaron solos. La muchacha, junto con Nehemiah, comprobó que todas las puertas estaban cerradas y se sentaron un momento en el salón.

—Lamento todo esto —dijo Steve—. Palabra. Lo lamento.

—Lo que yo quisiera —dijo Tilly—, es saber qué es exactamente lo que está ocurriendo. Es como sentarse ante la radio. Se oyen las voces, pero no se sabe si los actores están hurgándose en las narices o rascándose la cabeza. Sé que algo sucede alrededor nuestro, pero sólo oímos lo que nos quieren contar.

Steve se inclinó sobre ella. Las dos caras quedaron muy juntas.

—Una cosa sí sé seguro —dijo en voz baja—. De que lo doy todo por bien empleado, quiero decir todo lo que me ha sucedido, a cambio de haberte conocido.

Le cogió la cara con las manos y la besó en la boca. Tilly

respondió al beso.

Cuando se separaron, Tilly, ligeramente jadeante, se dirigió al teléfono y lo descolgó.

—Escucha, Ethel-Ann —dijo a la telefonista—. Hace un rato, cuando pedimos larga distancia a... —dejó colgando la frase.

—A Chicago, sí. ¿Ocurre algo, Tilly? Como es la segunda vez que pedíais con Chicago en el día... Porque tus padres están en el Oeste, ¿no?

—Sí, bueno, nada, en realidad. Es que...

Terminó en un murmullo y colgó. Se volvió a Steve.

—Míster Romay llamó dos veces a Chicago hoy —dijo—. Steve, estoy en un pozo de confusión. Son ellos quienes están moviendo los hilos. Ese cuarteto de ancianos inofensivos... ¡Santo Dios! Tenías razón, ¿*quiénes pueden ser*?

—Una cosa es segura, querida —respondió el hombre—. Sean quienes fueren, están con nosotros. Ese hombre dice que conoció a mi padre. Que tuvo negocios con él. Y en un momento dado, consigue personas que se llevan a aquellos que quisieron cogerme aquí y que seguramente golpearon a Emmy. Simplemente, no lo entiendo.

Le pasó un brazo por el talle.

—Pero... en este momento, eso diría que casi me preocupa muy poco, querida.

La atrajo hacia sí y comenzó a besarla, primero dulcemente, después con un ansia que no escapó a la muchacha. Ésta se separó.

—No, por favor. Ahora, no.

—Pues no veo momento mejor. Pero dispensa. No he querido molestarte.

—No es eso, Steve, pero... estoy preocupada por ti. Y por nosotros. Me gustaría... Oh, no sé lo que querría.

—Casarte conmigo, por ejemplo —dijo él de pronto.

Tilly se sobresaltó violentamente.

—¿Q-q-q-ué has dicho?

—Lo has oído. Vamos a casarnos. De esa manera, si algo me ocurre... tú serás mi heredera.

—No quiero. No quiero hacerlo así —dijo ella, con un murmullo.

—Tienes razón. Eso los echaría encima de ti, con todo su poder. Estaba loco, pero quiero casarme contigo. No, ahora, pero sí

después.

—Pídemelo después, cuando todo haya pasado.

—Lo haré. ¿O es que crees que no lo deseo, que es solamente la situación actual la que me hace pedirte que te cases conmigo? No, simplemente, me he enamorado de ti.

Ella le cogió la cara con las manos.

—¿Lo dices en serio, Steve?

—Completamente.

—No juegues ahora. No podría soportarlo.

Él se puso en pie violentamente.

—¡No estoy jugando, maldición! Te estoy pidiendo que seas mi mujer. Pero si no quieres hacerlo ahora, no me importa esperar.

—Calla un momento —dijo ella.

Quedaron en silencio. De pronto, lo oyeron. Alguien había al otro lado de la puerta. Tilly se acercó al amplio ventanal y trató de mirar. No veía nada. Entonces llamaron a la puerta.

—¿Has oído el ruido de algún automóvil? —preguntó Tilly.

—No.

—Pues alguien ha venido. Tal vez sea Tim. Más vale que te vayas arriba.

—No pensarás abrir, ¿verdad?

Volviéron a llamar a la puerta. Tilly, indecisa, se dirigió hacia ella.

—No abras —ordenó Steve—. Si fuese el *sheriff* se habría identificado.

Estaban hablando en voz baja. Volviéron a llamar a la puerta y entonces Steve, con un rápido movimiento, apagó la luz. A la del farol exterior, vieron una sombra que cruzaba ante la vidriera y que se perdía en las tinieblas.

—Se ha ido —dijo Tilly—. Quien fuera, se ha ido.

—Me parece que esta noche no voy a dormir —respondió Steve, con expresión reconcentrada.

—Yo voy a llamar a Tim —dijo Tilly—. No quiero saber que anda alguien rondando toda la noche por ahí.

Y entonces oyeron el disparo. Borroso, por el ruido del viento, pero inconfundiblemente, un disparo. Tilly se apretujó contra Steve.

—Voy a salir —dijo éste.

Emmy y Nehemiah llegaron desde la cocina. La luz del corredor

iluminó sus figuras.

—¿Qué ha sido eso? ¿Quién ha apagado la luz? —preguntó Nehemiah.

—Yo —dijo Tilly—. Callad. Hay alguien ahí fuera.

Otro disparo, como un trallazo, y un grito lejano. Nehemiah llevaba algo en la mano.

—No se coloquen ante la vidriera —dijo Steve—. Voy a salir, pero si encienden la luz podrían ser muy visibles desde el exterior.

Una puerta se abrió en el piso de arriba. Míster Romay bajaba, justo en el momento en que se encendieron las luces.

—¿Novedades? —preguntó el anciano.

—Alguien está disparando ahí fuera —respondió Tilly—. Y han gritado.

—Voy a salir —anunció Steve, dirigiéndose a la puerta—. Y más vale que echen las cortinas.

—Joven —dijo míster Romay—. No salga.

—¿Por qué?

—No salga, es un buen consejo. Probablemente, dentro de unos momentos tendremos noticias.

—Pero ¿qué...?

—Haga lo que le digo, joven, por favor.

Y entonces, mientras formaban un grupo estático junto a la puerta, llamaron a ésta.

Tres golpes, dos más y luego tres. El mismo Romay fue a abrir, mientras los demás lo contemplaban con asombro y miedo.

Una cabeza asomó por la puerta. Llevaba un sombrero bajo y el cuello de un gabán subido. No se le veían los rasgos.

Cuchichearon un momento y luego el hombre desapareció. Míster Romay se volvió hacia los otros.

—Parece que se ha solucionado bastante bien el asunto —dijo.

—¿Por qué no ha hecho pasar a ese hombre? —preguntó Tilly—. Hubiera tomado una taza de café, un trago... —intentaba hablar con despreocupación, pero estaba pálida—. *Míster Romay, ¿qué ha ocurrido?*

—Nada que deba preocuparte, querida. Y no le he hecho pasar porque tenía mucha prisa. Se... marchaba ya.

Súbitamente, se desperezó.

—Me ha entrado sueño —dijo—. Mucho sueño. Querida, ya no

necesitas llamar al *sheriff*. Todo, como ves, está perfectamente solucionado. Por el... hum, momento, no volverán a producirse lamentables interferencias en nuestra habitual tranquilidad. Míster... Atkinson, ¿le agradecería a usted hacer un viaje?

—¿Un viaje?

—Oh, sí, un viaje algo largo.

Tilly se puso alerta. Sintió un estremecimiento.

—Míster Romay, ¿qué quiere usted hacer?

—Yo nada, querida. Pero me imaginaba que míster Atkinson tal vez querría hacer un viaje para... diríamos despejar algunos malos entendidos.

—Míster Romay —dijo Steve—. Yo fui sincero con ustedes. ¿No podría usted serlo también con nosotros?

—¿Qué desea usted, joven?

—Que me dijera, por ejemplo, dónde sería ese viaje, y a quién habría que ver para despejar malos entendidos.

Romay levantó los ojos hacia él. La mirada que le dirigió a Steve era fría, casi helada. Eran unos ojos que Tilly no había visto nunca en él.

—Joven, ¿tiene usted confianza en mí? Bueno, usted no tiene por qué. Pero tú, Tilly, ¿tienes confianza en mí?

—Completa, míster Romay —respondió la joven, con sinceridad.

—En ese caso, no hagas preguntas, cuya respuesta resultaría un poco difícil, en los actuales momentos. En cuanto a usted, Lemoine, sólo diré que iría a Chicago, acompañado por unos amigos míos, y allí haría una visita a cierta agencia de detectives. Esos amigos son de absoluta, fíjese bien que digo absoluta, confianza. Durante el viaje, no debería usted temer nada en absoluto. Nada que temer, se lo puedo asegurar. Tiene Tilly mi palabra de honor.

—Estoy dispuesto, míster Romay —respondió Lemoine, sonriendo—. Tengo completa confianza en usted y en sus amigos.

—En ese caso, mañana por la mañana, a primera hora, esté preparado para hacer un... hum, largo viaje. Con regreso, si es que desea regresar, por supuesto.

—Gracias, míster Romay —dijo el joven. Tilly cogió al anciano por un brazo.

—Míster Romay, sólo quisiera decirle una cosa: Steve y yo nos hemos prometido esta noche.

—¿Ah, sí? Enhorabuena. Razón de más para que este joven vuelva de su viaje tan sano y tan salvo como lo emprendió. Y ahora... me voy a dormir. Mis viejos huesos... hum.

Y estrechó la mano de Steve y abrazó a la muchacha, besándola en ambas mejillas. Los dos jóvenes quedaron solos.

—Tengo miedo —dijo ella.

—¿No confías en él?

—Sí, pero... diablos, Steve, ¿quién era ese hombre? ¿Quiénes son todos ellos?

CAPÍTULO VII

Eran las ocho de la mañana cuando el automóvil llegó a la puerta del hotel. Sólo se bajó un hombre de él, pero quedaron otros tres dentro. Él que había descendido llegó a la puerta. En ese momento, míster Romay y míster Smith descendieron de sus cuartos, en bata, y con los cabellos revueltos.

—Buenos días —dijo el hombre. Tendría unos cuarenta años, era de mediana estatura, pelo negro y mejillas azuladas por una negra barba.

—Hola, joven —dijo Romay. Le alargó la mano y el otro la estrechó—. ¿Cómo está tu tío?

—Muy bien, señor. Le envía sus saludos. Bien, creo que debemos marcharnos, ¿no es eso?

—Sí, claro.

Steve bajó, acompañado por Tilly. El recién llegado le miró.

—¿Será él quien nos acompañe? —preguntó.

—Sí. Éste... no necesito decirte que debe llegar absolutamente bien y con todas las garantías.

—Puede usted confiar en nosotros, señor. Bien, señor, cuando usted quiera, pero no se demore.

—Yo estoy ya preparado —declaró Steve. Vestía su viejo traje, que Tilly había hecho limpiar y planchar por Emmy. Besó rápidamente a la muchacha y estrechó la mano de Romay y de Smith.

—Adiós —dijo—, y gracias.

Luego subió al auto, en la parte de atrás. Se encontró en medio de dos hombres altos y corpulentos, que le saludaron con un seco «hola», y el coche arrancó.

Pasaron por Oak a la mayor velocidad permitida y salieron a la carretera general. Una vez allí, el potente automóvil fue ganando velocidad hasta llegar a las ochenta millas. Se mantuvo así hasta

Trenton. Rodeó la ciudad por la carretera de circunvalación y llegaron al aeropuerto.

—Tenga su billete —dijo el conductor, el hombre que se había apeado.

—¿Viajaré solo? —preguntó Steve.

—Por supuesto que no, señor. Iremos todos juntos, pero no hablaremos durante el viaje. O lo menos posible. Usted no debe preocuparse en absoluto.

—Mi nombre es...

—Por favor, no me lo diga, señor. Tenemos ya instrucciones precisas de cierta persona. Sólo al llegar a Chicago le pediremos algunas explicaciones suplementarias.

El avión los recibió. Una azafata morena los llevó a sus asientos y les dijo que podían ya abrocharse los cinturones, porque el avión partía en ese momento. Steve se dio cuenta de que solamente viajaban ellos cinco. Evidentemente, el avión había sido fletado para ellos.

Llegaron a Chicago a las dos horas y media. Un coche les esperaba en la salida de la terminal. Lo tomaron y rápidamente, fueron al hotel Sheraton. El hombre de la barbilla azulada firmó en el registro por todos ellos y subieron a la *suite del tercer piso*. *Steve miró la hora. Eran exactamente las diez y veinte de la mañana.*

El hombre encendió un cigarro y se quedó mirando a Steve.

—Veamos —dijo—. La agencia de investigaciones es Dogherty, Hermanos.

—Sí.

—Tienen sus oficinas en el Loop. ¿Está usted absolutamente seguro de que son ellos quiénes comunican a cierta persona los movimientos de usted?

—Lo estoy. Si no han cambiado de agencia, lo estoy.

—Hemos hecho algunas ligeras averiguaciones. Muy someras. Creemos que está usted en lo cierto. Bien, escúcheme atentamente.

Durante casi diez minutos estuvo hablando. Steve, cada vez más asombrado, le escuchaba atentamente. Cuando acabó, asintió, lentamente.

—Comprendo —dijo—. Escuche, me gustaría llamarle a usted de alguna manera. Me da lo mismo cómo, pero me gustaría ponerle un nombre propio.

El hombre le miró. Un ligero brillo humorístico apareció en sus pupilas.

—Llámeme Equis —dijo—. Bien, no saldrá del hotel hasta que lo hagamos juntos, esta misma noche. Y nosotros estaremos todo el tiempo con usted. Comeremos aquí mismo, en la habitación.

—De acuerdo.

Fue un día pesado. Los hombres jugaron a las cartas, y Lemoine leyó periódicos y revistas. Una sola vez preguntó a Equis:

—Escuche, ¿conoce usted hace mucho tiempo a míster Romay?

Equis le contempló, meditabundo.

—Es un ruego, amigo: ¿quiere no hacerme pregunta alguna sobre ese tema? Si míster Romay quiere alguna vez decírselo, lo hará él mismo. ¿De acuerdo?

—Por completo.

A las diez de la noche, Equis se puso en pie. Los demás le imitaron.

—Vamos —dijo Equis a Steve.

Bajaron en grupo, con Lemoine en medio y entraros en el aparcamiento del hotel. Subieron al coche y salieron a la calle. Los teatros estaban ya vomitando su público, pero la mayor parte de la gente se retiraba a sus casas. El Loop estaba casi vacío.

La casa ante la que se detuvieron era un edificio de veinte plantas. El vestíbulo estaba vacío, excepto un portero de noche, que devoraba unos emparedados y bebía cerveza. Ni los miró siquiera.

Ascendieron hasta el piso decimocuarto. Los encargados de la limpieza hacía tiempo que habían terminado su trabajo. A lo largo de un corredor, llegaron hasta una puerta de cristales, en la que se podía leer «Dogherty, Hermanos. Investigaciones», serigrafiado en la vidriera.

—Quédese a un lado —dijo Equis a Lemoine. Luego, llamó al timbre. Dos llamadas largas. Momentos después, al otro lado de los cristales se vio una sombra difusa. La puerta se abrió.

—Está cerrado —dijo un hombre—. No hay nadie. Si busca a...

Equis le golpeó fuertemente en la barbilla y lo tiró para atrás. Luego, entraron los cuatro. Con movimientos sincronizados, Lemoine cerró la puerta tras sí, mientras dos de sus compañeros ataban, amordazaban y colocaban esparadrapo sobre los ojos del vigilante.

—Ponedlo en ese rincón —ordenó Equis, mirando al vigilante, que primero se debatió, y luego se quedó quieto. Uno de los hombres se inclinó sobre él.

—No se te va a hacer daño, si no te mueves —le dijo en voz baja.

Luego, comenzaron. La habitación, amplia, estaba dividida por un mostrador de madera. Al otro lado, mesas y máquinas de escribir. Más allá, una puerta.

Fue allí donde comenzaron primero. Era un antedespacho, lleno de ficheros, con otras dos mesas. Más allá, otros dos despachos, uno de ellos con el nombre:

«John Dogherty. Director»

Los ficheros estaban cerrados con llave, pero uno de los compañeros de Equis los abrió en un momento, con un manajo de ganzúas.

—Supongo que el *dossier* estará por su nombre —dijo Equis—. *Búsquelo*.

Lemoine tuvo que revisar tres ficheros antes de encontrar el suyo. Era una carpeta muy voluminosa, llena de informes, notas y recibos. Los hojeó rápidamente.

—Con cuidado, amigo —dijo Equis—. Es preciso encontrar pruebas.

Habían apagado la luz del vestíbulo. Sólo tenían encendidos dos flexos sobre dos mesas. Lemoine se instaló en la de John Dogherty, director, y comenzó su trabajo, mientras los otros fumaban tranquilamente. Las cortinas de las ventanas estaban corridas.

Allí estaba la historia de aquellos dos últimos años, contada en secos informes de agentes. Las notas eran de orden interno, para la agencia, y los recibos de gastos extraordinarios. Ascendían a una cantidad que le hizo lanzar un silbido. Equis, que miraba por encima de su hombro, dijo:

—Parece que ha costado usted bastante dinero a alguien, ¿verdad, amigo?

—Casi cien mil dólares, si esto no miente. Habría que mirar los libros. Pero aquí no hay nada acerca de cómo se contrató a los tipos que venían por mi pellejo. Todo esto es absolutamente inofensivo.

—Quizá los tenga Dogherty en algún cajón de su mesa.

La abrieron. Nada. Lo acostumbrado en los cajones de un directivo.

Equis se volvió hacia sus hombres.

—Rexie, buscad una caja de caudales en alguna parte. Ha de haberla.

Los hombres se lanzaron con habilidad y competencia a la búsqueda. Por fin, en el fondo de un armario espejo, en el servicio particular de Dogherty, la encontraron. Era una caja de quince pulgadas por otras quince. El hombre de las llaves, Rexie, la exploró por fuera, mirando los diales.

—Creo que en media hora la tendré destripada —aseguró.

Todos llevaban guantes. Se sentó sobre un alto taburete y comenzó su tarea.

—Nos llevaremos el *dossier* también —dijo Equis en voz baja—. *Es necesario que sepan que buscábamos solamente lo suyo.*

Hubo un silencio que duró casi un cuarto de hora. Lemoine leía los informes e iba recordando instantáneamente cuándo y dónde podían haber sido vigilados sus movimientos. Los agentes habían sido hábiles, no cabía duda.

—Ya —dijo Rexie.

Tiró del pomo y la caja se abrió. Lemoine se precipitó hacia el cuarto de baño.

—Tranquilo —dijo Equis—. Veamos.

Rexie sacó varios fajos de billetes, que dejó a un lado cuidadosamente. Luego, un sobre delgado. Lo entregó a Equis.

Éste le echó una mirada y se lo pasó a Lemoine.

—Ahí creo que está.

Sí, allí estaba. Un número de teléfono encabezaba los papeles. Luego, una serie de fechas, con números al lado. Parecían pagos. Por último, una fotocopia con una lista de nombres. Equis puso la boca como para silbar. La fotocopia llevaba el encabezamiento:

«O. L. Contactos con». Al pie, una nota manuscrita:
«Si O. L. flaquease, indicar a M. M. nombre y dirección
de O. L. Quedamos cubiertos».

—¿Conoce algunos de esos nombres, quizá? —preguntó Lemoine—. O. L. debe ser mi hermano.

—Sí —respondió escuetamente el otro—. Amigo, este papel no

saldrá de mis manos.

—Pero puede ser necesario para mí —dijo Steve.

—Si lo es, alguien lo dirá, no usted —respondió el otro escuetamente—. Usted se lleva el *dossier*, pero esto me pertenece a mí.

—Como quiera. Pero el resto del asunto...

—Se llevará como dijimos, pero tendremos que posponerlo un poco de tiempo. No se preocupe, usted no quedará en el aire, amigo. Pero esto es... podríamos llamarlo dinamita.

—¿Quién es M. M.? —preguntó Steve.

—No quiero que me haga esa pregunta, amigo. No quiero que me la haga. Y creo que debemos marcharnos ya.

Con una mirada, se cercioró de que no dejaban ninguna huella de su paso, como colillas. —Las habían echado en bolsas de papel— y salieron. Steve llevaba su *dossier* bajo el brazo.

El conserje nocturno no estaba en su sitio. Subieron al automóvil y volvieron al hotel.

—Acuéstese —dijo Equis a Lemoine.

—No quiere que oiga lo que va a telefonar, ¿verdad? —preguntó el joven, que estaba revisando el *dossier*.

—Dígalo así, si quiere.

Lemoine se metió en su cuarto. Pero tardó bastante en dormirse. Leyó el *dossier* desde la primera a la última hoja.

A la mañana siguiente, a las ocho, estaba en pie.

Equis lo examinó mientras desayunaban.

—¿Habrán descubierto ya el robo? —preguntó Lemoine.

—Seguro. Entran a las ocho.

—Y Dogherty habrá llamado a la policía. O... tal vez no, cuando se dé cuenta de que lo que han robado no es el dinero, sino el *dossier* y lo que tenía en la caja fuerte.

Por cierto...

Equis le miró fijamente.

—Si me iba a hacer alguna pregunta, la respuesta es... *sin comentarios*. Venga.

En el cuarto, cogió el teléfono. Hizo señas a Lemoine de que tomase la extensión del salón, y marcó el número de Dogherty Hermanos.

Una voz femenina le respondió.

—Quiero hablar con mister John Dogherty —dijo Equis. Cuando

le indicaron que estaba ocupado, añadió—: Dígale que tengo algo muy importante que comunicarle sobre lo que sucedió anoche.

Dogherty se puso. Su voz sonaba autoritaria.

—Escuche —dijo Equis—, y no me interrumpa. Anoche se llevaron algo de su oficina. Usted y yo sabemos qué es. No llame a la policía. No se le ocurra hacerlo.

—¿Quién es usted? —preguntó Dogherty.

—No le importa, Dogherty. Pero si avisa a la policía, no podrá justificar ciertos papeles que guardaba en la caja fuerte de su despacho. Ahora, escúcheme bien. Si desea usted recuperar esos papeles, deberá hacer exactamente lo que yo le diga. ¿Me ha entendido?

Dogherty estuvo durante unos segundos sin responder. Luego, dijo:

—He entendido. No sé de lo que me está hablando.

—Muy bien, en ese caso, cortaré la comunicación. Y usted se quedará sin esos documentos.

—Espere. ¿Cómo sé que los recuperaré?

—Tendrá que creerme. No tiene más remedio.

—Dígame qué quiere.

—Simplemente lo siguiente: Llame a O.L. y dígale que debe cesar absolutamente, y en este mismo momento, los contactos a los que hace referencia el documento que había en su caja de caudales. ¿Me ha comprendido bien?

—No puedo hacer eso.

—En ese caso, esa documentación será remitida a los periódicos, con una explicación formal. Elija. Tiene usted que elegir ahora mismo.

—¿Tiene usted la documentación?

—Elija.

—Estableceré el contacto.

—Volveré a llamarlo dentro de media hora, Dogherty, y debe haberlo hecho para entonces. De lo contrario, ya sabe lo que ocurrirá.

Colgó.

—A esperar —dijo.

Media hora más tarde, descolgó de nuevo el teléfono. Dogherty lo cogió.

Su voz sonaba apremiante. Era evidente que se sentía cogido en una trampa.

—Dogherty, usted está cogido. Podemos hacer que usted se hunda o que sobresalga. Lo comprende, ¿verdad? Si no acepta nuestras condiciones, vamos a pegar duro. Muy duro. ¿Cree que O. L. ha roto su contrato con usted porque ya no están en su poder las pruebas?

—Creo que sí.

—En ese caso, vuelva a llamar a O. L. y dígame que usted posee otra vez las pruebas. Se las exigirá. Querrá verlas. Déjele con la duda. Pero quiero que sus hombres vigilen a O. L., de tal manera que no pueda desaparecer de pronto.

—Eso puedo hacerlo. ¿Qué más habría que hacer?

—Dogherty, ¿conoce usted a alguno de los contactos que se establecieron entre O. L. y digamos hombres ejecutivos? Usted sabe a lo que me refiero. Y usted me va a responder sí o no.

Hubo un tenso silencio.

—Conozco un posible contacto.

—¿Definitivo?

—Puede ser.

—Conteste sí o no.

—Sí, pero no sé si lo encontraría. Y si lo encuentro, mi vida estaría en peligro.

—Trate de conseguirlo, Dogherty. Dentro de... exactamente seis horas, volveré a llamarle. Y estoy dispuesto a encontrarme con ese contacto. ¿Está usted conforme? Si no acepta, lo voy a lamentar por usted.

—Por mí, acepto, pero no sé si podré establecer el contacto. Escuche, ¿no podríamos entrevistarnos usted y yo? Le aseguro que jugaría mis cartas a la vista.

—Solamente si me establece la conexión.

Colgó. Sonreía.

—Tenemos que seguir esperando. Pero no va a ser en el Sheraton, sino en otro lugar. Prepare su maleta, amigo.

Lemoine sacudió la cabeza.

—Escuche, Equis. Me parece que me estoy perdiendo. ¿No sería mejor ir a ver a mi hermano directamente?

—¿Sin pruebas?

—Con las que usted tiene, más un poco de presión por mi parte, creo que bastaría.

—No. Todavía no.

—Entonces, esperaremos. ¿Dónde vamos?

Equis sonrió.

—Lo sabrá enseguida.

CAPÍTULO VIII

Lemoine conocía muy bien Chicago, pero de nada le sirvió cuando le vendaron los ojos, apenas entró en el coche. Cuando se los descubrieron, estaba en una gran habitación y lo primero que notó fue el olor. No dijo nada, pero lo reconoció. Se hallaban en la zona de curtidos de pieles.

La habitación estaba casi vacía de muebles. Una mesa y sillas. Una bombilla colgaba de su cable desde el techo. Nada más.

Miró a Equis, y éste le devolvió la mirada.

—No es el Sheraton, pero resultará mejor para lo que queremos. Ahí tiene usted el teléfono, amigo. Llame a su hermano. Recuerde lo que hablamos.

—Quizá me salga un poco del guion.

—Eso no importa demasiado.

Lemoine llamó al número que tan bien recordaba. La voz de Nap, el mayordomo negro, llegó a sus oídos.

—Nap —dijo con voz normal—. ¿Están mi hermano y mi cuñada?

—Señor... ¿Es usted, señor?

—Sí, Nap. Dile a mi hermano que se ponga al aparato.

—Éste... la señora está a mi lado, señor.

—Bien, que se ponga ella.

La voz de Constance llegó a él. Curiosamente, no sintió nada. Y pensar que había estado enamorado de ella... Nada en absoluto.

—¡Steve! Por el amor de Dios. ¿Dónde estás?

—No muy lejos, Constance. ¿Está Orgell en casa?

—Pues... no, ha salido. ¿Steve, dónde te has metido durante todo este tiempo? ¿Por qué no has venido?

—Estuve por ahí. ¿No te explicó nada Orgell?

—No... bueno, me dijo que tú eras tan raro... Escucha, Steve, quisiera verte. Ahora mismo. ¿Vas a venir?

—Primero quiero hablar con Orgell. ¿Dónde está?

—No lo sé. Recibió una llamada telefónica y salió. Steve, cariño, ¿por qué nos has hecho esto? Ni tu hermano... bueno, no merecíamos esto.

—¿Ni tú tampoco, querida? ¿Tú tampoco? Espero que los millones de Orgell te hayan compensado un poco de mi pérdida. ¿O no ha sido así?

—Steve... quisiera explicarte...

—Bueno, ya tendrás tiempo. Dile a Orgell que quiero hablarle. ¿Puedes llamarle por teléfono dónde esté ahora?

—No, no sé dónde está, cariño. Pero, Steve...

Steve colgó. Equis lo hizo al mismo tiempo por la otra extensión. Se miraron a los ojos.

—Vamos —dijo Equis.

—¿Dónde?

—Directos a la cabeza. A casa de su hermano. Si su cuñada no sabe dónde está él, se va a llevar una sorpresa.

—Un momento —dijo Steve—. ¿No sería mejor dejarle cocerse un poco? Que no sepa lo que le va a ocurrir, que...

Equis lo pensó un momento.

—Lemoine —dijo, llamándolo por su nombre por primera vez, en lugar del impersonal «amigo» con que lo había hecho hasta entonces—. Su hermano podría prepararse de tal forma que hubiera víctimas. No quiero que eso ocurra.

—Comprendo. Bien, vamos entonces.

Equis se volvió hacia sus hombres e impartió unas cuantas órdenes. Luego, salieron de la casa. Como a la llegada, le vendaron los ojos a Steve. Cuando le quitaron la venda, vio que estaban a media cuadra de la casa de su hermano. *De su casa*. En el coche habían viajado con él, sólo Equis y otro de los hombres, uno al que llamaban simplemente Bill.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Steve.

—Entre aquellos dos coches crema. —Fue la respuesta—. Están vigilando, por si su hermano llega acompañado.

—¿Conocen a Orgell?

—Han visto fotografías suyas. Y en último caso, usted está aquí. Mire esto.

Le enseñó un pequeño teléfono, escondido en la guantera.

—Tan pronto como vea llegar a su hermano, llamaremos a los demás. Ellos se encargarán de vigilar. Si su hermano trae cola, lo sabremos enseguida. Al menos —añadió reflexivamente—, eso espero.

—Quiere decir que quizá tengamos que esperar bastante.

—No lo sé. Lo más probable es que su hermano haya ido a entrevistarse con Dogherty. Ha debido ser el «ojo privado», el que le llamó.

—Y a estas horas —dijo Steve salvajemente—. Orgell estará con los pantalones llenos de pulgas. Y, créalo o no, ahí está.

Un «Lincoln» azul oscuro se había detenido ante la casa. Ésta, construida según el patrón de los palacetes franceses del siglo XVIII, estaba separada del Lake Shore Drive por un jardín. Del «Lincoln» se apeó un hombre alto, que entró en la casa rápidamente.

Equis tomó el teléfono y conferenció brevemente con el otro coche. Ningún otro automóvil se detuvo, ni siquiera cerca de la casa. El Drive, en aquella parte, sólo tenía casas particulares, no edificios de oficinas.

—Dejaremos pasar cinco minutos, y usted llamará a su hermano.

Los minutos pasaron pesadamente. Luego, Steve marcó el número de la casa, y la voz de la criada respondió:

—Quiero hablar con míster Lemoine —dijo Steve secamente—. Dígame que se ponga al teléfono. Soy su hermano.

Pasaron casi dos minutos. Era evidente que Orgell estaba reponiéndose de la sorpresa. Luego, su voz llegó hasta Steve:

—¿Sí? —sonaba cautelosamente.

—Orgell, soy Steve. Quiero verte.

—¿Por qué no has venido a casa, Steve?

—Porque quiero verte en terreno neutral. Simplemente por eso.

—No digas tonterías. Ésta es tu casa, tanto como mía. Haz el favor de venir inmediatamente. Tenemos que hablar.

—No. Quiero verte en otro lugar. Orgell, esta vez vamos a hablar, pero donde nadie nos escuche. Ni nos vea. Quiero... —dejó un corto espacio de tiempo, marcando la pausa significativamente—, quiero arreglar este asunto entre nosotros. Y definitivamente. No pienso seguir yendo de un lado para otro.

—¡Porque tú lo has querido así, estúpido! Sabes perfectamente que siempre he querido entrevistarme contigo.

—Lo sé. Escucha. Hay una casa en...

Equis le puso un papel ante los ojos. En él había anotada una dirección, y Steve la leyó en voz alta.

—¡No iré a semejante lugar, Steve! Basta ya de niñerías.

—Orgell, si no vienes, no volverás a saber de mí hasta dentro de quince días. Te digo que quiero hablar contigo. Podemos llegar a una solución.

—¡La única solución es que vengas a casa...! ¿Dónde has dicho que estás?

Steve le repitió las señas rápidamente.

—Bien, pero luego vendrás a casa. Te veré a las siete.

Equis hizo una seña de que asintiera y Steve obedeció.

—Esto... Orgell. Tengo ciertos documentos que me encantará mostrarte.

—No sé nada de documentos. Lo que sí sé es que te estás portando como un condenado imbécil. Y puedes verte metido en un lío. Está bien, te veré a las siete.

Pareció esperar a que Steve añadiese algo, pero éste colgó.

—Desde aquí hasta las siete, su hermano estará vigilado —dijo Equis—. No le vamos a perder de vista.

—Esas señas corresponden al lugar de dónde venimos, ¿verdad?

—Sí. Una vez haya usted hablado con su hermano, ya no nos servirá y lo abandonaremos.

—¿No hubiera sido mejor entrar ahí ahora mismo? —preguntó Steve.

—Usted quiere coger a su hermano con las manos metidas en el asunto, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues ésta es la forma de hacerlo. Dígame si ve otra mejor. Entre en su casa y vea a su hermano. ¿Confesará que ha tratado de matarle? No. Haga que intente matarlo, y no podrá resistir la tentación.

—Está bien, usted gana. Volvamos allá.

—Su hermano le ha citado a las siete. Quiere ganar tiempo. ¿Para qué? Muy sencillo. Para encontrar a alguien que lo mate a usted. Su hermano va a tratar de liquidarlo esta misma tarde.

—Eso sí lo he comprendido. No es difícil, y Orgell no es ningún idiota. ¿Va usted a dejar aquí a alguien para que siga a Orgell?

—Por supuesto, pero no creo que sirva de nada. Su hermano debe tener alguna forma de comunicarse con la gente que enviaba contra usted.

—Siempre pensé que sería Dogherty.

—Es posible, pero Dogherty, en estos momentos, está tan asustado como una gallina en un barril. Vamos.

El coche se puso en marcha. Siguieron el Drive en su automóvil, mientras el otro coche quedaba allí.

—Es hora de comer —dijo Equis, enseñando sus muelas de oro en una sonrisa—. ¿Le gusta la comida china?

—Me da lo mismo.

Comieron en Wang. *Chop suey* y camarones en salsa. Equis comía con apetito, pero Steve apenas probó bocado. El otro le miró con un poco de ironía.

—¿Preocupado, amigo?

—No. No exactamente. Pero póngase en mi lugar: sé que mi hermano es un incitador a mi asesinato. Tengo ciertas pruebas. Ahora bien, ¿qué piensa usted que va a hacer él?

—Eso importa poco —respondió Equis agudamente—. Lo que importa es lo que va a hacer usted. ¿Está dispuesto a llegar hasta el final?

Steve lo pensó un instante.

—Sí.

—Creo que hace bien. Tarde o temprano, hubiera acabado su hermano por alcanzarlo. ¿Cuántos días faltan para que usted cumpla la edad necesaria?

—Diez... doce.

—Y, ¿cree usted que ahí acabaría todo? Tarde o temprano, usted tendría un accidente.

—Pero ya tendría yo algún heredero. Lo haría tan pronto recibiese la herencia. Y mi hermano no podría acabar con toda una serie de herederos.

—¿Por qué no lo hizo antes? Pudo casarse o... bueno, me estoy metiendo donde no me llaman. Vámonos.

Llegaron a la casa. Steve se fijó en que, junto a la casa de enfrente, separada casi sesenta yardas, había tres automóviles parados. Miró a Equis, y éste se encogió de hombros.

—No se preocupe —dijo—. Los nuestros están perfectamente a

cubierto. No son éstos.

La casa estaba en un lugar bastante solitario, cerca del río, y pasado el cinturón negro de Chicago. El sitio parecía extraordinariamente bien escogido. El olor a curtidos era repugnante.

Steve encendió un cigarrillo mientras Equis y sus hombres se colocaban cada uno cerca de una de las ventanas. Y el tiempo fue transcurriendo.

Steve sentía una excitación que iba en aumento. Por fin, la pesadilla iba a acabar o... por lo menos, a cristalizar en algo positivo. La noche cayó definitivamente, y Equis mandó encender las luces. Steve miró su reloj. Las siete menos cinco. El teléfono sonó y Equis lo cogió. Dijo sí dos veces y colgó.

—Ya están aquí —dijo.

—¿Viene sólo mi hermano? —preguntó.

—Por supuesto, supongo que no. Pero, *al parecer*, sí. Espero que los otros lleguen después.

Hubo otro silencio y entonces oyeron el coche.

—No se asome a la ventana —ordenó Equis—. Escuche, ya sabe lo que tiene que hacer. De lo demás, nos ocuparemos nosotros.

—Conforme.

Llamaron a la puerta. Equis y sus hombres se eclipsaron y Steve fue a abrir.

Su hermano estaba en el umbral.

—Pasa, Orgell —dijo.

Orgell no respondió. Miraba a su alrededor, con ojos inquietos y desconfiados.

—Tienes buena cara, Orgell. Pareces un maldito lenguado —dijo Steve—. ¿Vas a pasar o no?

—¿Dónde están tus amigos? —preguntó Orgell.

—¿Y los tuyos?

—He venido solo. No necesito a nadie para decirte que te estás portando como un imbécil.

—Ya me lo has dicho. Y ahora, pasa de una maldita vez.

Orgell entró. Llevaba la mano derecha metida en el bolsillo del gabán, y no la sacó.

—No voy a perder tiempo —dijo Steve—. Así que déjame hablar sin interrumpirme. Durante dos años, me has tenido bajo el punto

de mira. No, no interrumpas, te digo. No te bastaba con tu parte de la herencia: querías la mía y para ello, has acudido a todos los trucos sucios.

Sacó un papel del bolsillo. Orgell lo miraba con una absoluta falta de expresión.

—Aquí lo tienes. Doce tentativas de asesinato y no cuento los «accidentes» que se han ido produciendo. Doce veces, gente enviada por ti, ha intentado degollarme, balearme, estrellarme y aplastarme.

—Eres un idiota —dijo Orgell—. Nada de eso es cierto, y te vas a ver en figuritas cuando te acuse ante un tribunal.

—¿Sí? Bueno, te va a ser un poco difícil hacerlo, pero no voy a discutir. Me gustaría hacerlo ante un jurado, pero, al parecer, las circunstancias son otras. Tengo las pruebas de lo que digo. No, te repito que no voy a discutir. Si lo crees y llegamos a un acuerdo, bien. Si no, esas pruebas irán directamente a quien tenga interés en ellas. Ahora, elige.

—No te creo.

—De acuerdo. Puedes largarte, entonces.

Orgell continuaba en pie, con la mano metida en el bolsillo.

—¿Dónde están tus amigos? Tú solo no has tramado todo esto.

—¿Y los tuyos? Tú solo no has venido hasta aquí. Orgell, los últimos tipos que enviaste contra mi han muerto o han desaparecido. ¿Lo sabías?

—No sé nada.

—Sí, sabes también que tu amigo el detective privado, Dogherty, ha perdido las pruebas que tenía. Y ahora esas pruebas las tengo yo. Orgell, no voy a perder más tiempo. O llegamos a un acuerdo o ya sabes lo que haré.

Orgell no movió un músculo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Simplemente, que me pagues todos estos años. Que pongas a mi nombre todas las acciones que nuestro padre te dejó. Al precio de un dólar cada una.

—¡Estás loco!

—De acuerdo, lo estoy. Ya lo intentaste una vez, quiero decir meterme en un sanatorio mental. Y ahora, elige.

Orgell sacó la mano del bolsillo. En ella había una pistola.

—Lo que voy a hacer es matarte —dijo.

—Bueno, adelante —respondió Steve. Tenía la boca ligeramente seca—. Vamos, adelante.

Orgell levantó la mano. Sus ojos brillaban extrañamente.

—Te voy a matar. Por Dios que lo voy a hacer.

—Míster Lemoine —dijo una voz.

Orgell se volvió como si le hubiera picado una serpiente. En la otra puerta habían aparecido tres hombres. Los tres estaban armados.

—Míster Orgell, acabamos de grabar lo que ha dicho —dijo Equis—. Y además, no le vamos a dejar que dispare contra su hermano.

Orgell apretó los labios. Su rostro estaba muy pálido.

—No he dicho nada que me pueda comprometer. Niego todo aquello de lo que mi hermano me ha acusado. En cuanto a ustedes...

—Le hemos grabado todo, míster Lemoine —insistió Equis—. Más le vale llegar a un acuerdo con su hermano. Y me parece que éste es demasiado generoso con una persona que, como usted, ha tratado de matarlo tantas veces. ¿Lo va a hacer o no?

—Ahora van a ver lo que voy a hacer.

Dio un paso hacia la puerta. En ese momento, ésta se abrió y tres hombres aparecieron en ella.

Los tres iban armados.

—Bien, veamos lo que ocurre aquí —dijo uno de ellos. Estaban mirando fijamente a Equis—. Escuche, nadie nos había dicho que íbamos a encontrar aquí más que a usted y este tipo.

—No se preocupen —dijo Orgell—. Saquen a ese hombre de aquí y si esos hombres intentan impedirlo, ya saben lo que tienen que hacer.

—Orgell, estás loco, simplemente —dijo Steve—. Simplemente, no te das cuenta de lo que se te viene encima.

—Ustedes me han oído ya —repitió Orgell—. Saben lo que tienen que hacer.

—Sí, lo sabíamos, pero no que iba a haber complicaciones. Usted, no se mueva.

Equis había bajado la pistola que sostenía en la mano.

—No, no pienso moverme, porque lo vamos a solucionar todo aquí, entre nosotros. Quiero hablar unas palabras con usted.

—Bueno, hágalo.

—Fíjese bien en una cosa. No le conozco a usted. No quiero saber su nombre. No me interesa, y cuando salgamos de aquí, no me acordaré de su cara. Le doy mi palabra.

El hombre que había entrado el último era de pequeña estatura, ojos azules y rasgos afilados. Era él quien hablara hasta ahora, mientras los otros dos que lo acompañaban permanecían silenciosos.

—Hable —dijo.

—¿Conoce —preguntó Equis— a un hombre cuyas iniciales son M. M.? No, me explico mal. ¿Ha oído hablar de esas dos letras?

El otro no hizo ningún gesto, pero sus ojos estaban atentos.

—Supongamos que sí.

—Pues bien, este hombre, míster Steve Lemoine, y repito el nombre, míster Steve Lemoine, está apoyado por M. M. ¿Quiere que discutamos usted y yo a solas, o no?

—¿Dijo M. M.? ¿Qué me lo prueba?

—Algo que le enseñaré. Y repito, no quiero saber quién es usted ni quién lo envía. Usted y yo no somos enemigos. No hay duelo entre nosotros. ¿Está conforme?

—Estoy conforme. No hay nada entre usted y yo. Que yo sepa, no lo hay.

—Así es. No lo hay.

Steve los contemplaba asombrado. Comprendía vagamente que se estaba estableciendo entre ambos hombres una especie de ritual de reconocimiento, pero ignoraba cómo ni por qué. Aquellas repeticiones de palabras. «No hay duelo, no hay nada entre nosotros», le recordaban los signos que utilizan ciertas organizaciones. Su padre había sido «rotario» y él había visto algunos de los signos de identificación. Pero esto no era algo tan inofensivo como los «rotarios».

—Pues bien, M. M. no quiere que le ocurra nada a este hombre. Y está dispuesto a abonar gastos que se hayan podido producir.

—Escuche —dijo Orgell de pronto—. Usted se ha comprometido conmigo. Usted ha cobrado un dinero...

Se detuvo, cerrando la boca como un cepo. «Hemos grabado...». Se volvió a su hermano.

—Steve, esto podemos arreglarlo entre nosotros. Vamos a dejar

aparte a toda esta gente.

—Cállese —dijo el hombre de los ojos azules—. Hablaremos después. Escuche, amigo, ¿puede usted darme pruebas de lo que dice?

—Sí. Venga aquí.

Lo llevó a un rincón. Todos los demás se miraban con la más absoluta falta de expresión, pero sin animosidad. Simplemente, se vigilaban. Durante unos instantes, Equis y el otro hablaron. Equis sacó algo del bolsillo y se lo enseñó. El otro lo estudió atentamente y luego sacudió la cabeza afirmativamente.

—Conforme, todo conforme. Pero tengo que hablar con alguien, y usted lo comprende, ¿no es así?

—Comprendo. Hágalo. Ahí está el teléfono.

El hombre de los ojos azules fue hasta el teléfono y vuelto de espaldas a ellos, marcó un número. Luego habló en voz muy baja. Por fin colgó y se volvió hacia Orgell.

—Lo siento —dijo inexpresivamente—. Queda roto el contrato. Nosotros nos vamos.

—Usted... —Orgell volvió a cerrar la boca—. Está bien, lárguense. Yo me voy con ustedes.

—Tú te quedas —afirmó Steve.

El hombre de los ojos azules se volvió a Equis.

—Bueno, amigo, usted siga bien.

—Gracias, igualmente le deseo.

Y los otros desaparecieron rápidamente. Steve se acercó a Orgell.

—Y ahora, cerdo, vamos a redactar el documento por el cual me cedas todas las acciones de nuestro padre, al precio de medio dólar cada una.

—¡Vete al infierno! No haré eso.

—¿No? Bien. En ese caso, puedes irte. Pero ahora sabes que ya no tienes quién te guarda las espaldas ni...

—Ni nadie va a perseguir a su hermano —interrumpió Equis—. Yo que usted, aceptaría ahora mismo.

—No lo voy a hacer. Presenten sus pruebas. Veremos si alguien les da crédito.

Steve se tocó el puño derecho con la mano izquierda.

—De acuerdo. Iremos a los tribunales. Pero antes...

—¡No se te ocurra tocarme!

Levantó la pistola y apuntó a su hermano. Equis le hizo caer el arma con un doloroso golpe en la muñeca. Luego, Steve comenzó.

Durante tres minutos exactamente. Cuando acabó, su hermano parecía un guiñapo. Sangraba por la boca, la nariz y por las cejas. Equis se le quedó mirando fijamente.

—¿Ha terminado, amigo? —preguntó.

—Sí —respondió Steve, limpiándose la sangre en la chaqueta de su hermano—. Por el momento, por supuesto. Escucha, cerdo. Te llevarán a casa. Allí puedes dar las explicaciones que quieras. Mañana te llamaré por teléfono. Y me dirás lo que vas a hacer. Mañana.

Lo pusieron en pie. Orgell no los miró siquiera cuando lo sacaron de la casa.

Steve dio un suspiro. Expelió todo el aire de los pulmones.

—Bien, amigo Equis, esto acaba de empezar. Mi hermano luchará como un demonio, lo sé. Pero ahora, al menos, yo podré responder.

—Supongo que sí.

—Escuche, Equis: ¿qué diablos le dijo a ese hombre?

—No quiero que me pregunte eso, Lemoine.

—¿Quién responde a las iniciales de M. M.?

—No quiero que me pregunte eso, Lemoine.

—No quiere que le pregunte nada, ¿no es eso?

—Sí. Así es. Pero, en cambio, le voy a hacer yo una pregunta. ¿Le parece bien cómo hemos llevado el asunto?

—¿Qué si me parece bien...? Hombre, de maravilla.

—Gracias. Si alguien le preguntase, puede decírselo así, ¿no?

—Si alguien me preguntase... ¿alguien lo hará, Equis?

—Es posible, no lo sé. Y ahora, ¿qué va a hacer, Lemoine?

—¿Podría usted hacer que me llevasen al aeropuerto?

—Eso es fácil. ¿Va a volver allá?

—Estoy intentándolo por todos los medios. Quiero ver a cierta chica.

—Pues vamos. El avión que lo trajo a Chicago puede salir cuando usted quiera. Nosotros le acompañaremos hasta Trenton. Puede usted estar allí a las diez, si quiere.

—Y a las doce en el hotel, o cosa así. Vamos, pues, Equis.

Cenaremos algo y luego...

FINAL

Tilly Clarence estaba en el salón. Desde la cristalera, veía caer los primeros copos de nieve del año. Oyó un ligero ruido detrás de sí y se volvió. *Mistress* Romay estaba en el umbral.

—¿No te vas a acostar, querida? —preguntó Muriel.

—Sí. Ahora.

—¿Preocupada?

—Pues... ¿usted lo estaría en mi lugar, *mistress* Romay?

—Mucho —respondió la señora—. Por eso he bajado. Porque me imaginaba lo que estarías sintiendo. Pero voy a hacer algo por ti. ¿Sabes que no tienes que preocuparte por nada? A mí, en alguna ocasión, me hubiera gustado que alguien me dijese eso mismo.

Tilly se aproximó a ella. La anciana le echó un brazo por encima del cuello.

—Tranquila, querida. Todo está O.K. Vamos, vamos, caríssi... querida.

Tilly alzó la cabeza. Contempló los cabellos, teñidos de un suave malva, y los ojos muy oscuros.

—*Mistress* Romay, usted es ita...

—Soy americana, querida. Y te diré una cosa: si mi marido se enterase de que se me había escapado... me reñiría. Y cuando riñe, a veces, es muy duro. ¿Verdad que no me vas a delatar a él, querida?

—Claro que no, señora Romay. Nunca; pero usted es italiana.

—Mi madre me habló en italiano la primera vez que abrí los ojos.

—Y míster Romay y míster Smith y...

—Calla, querida. Me parece que... sí, sube un automóvil. ¿No lo has oído?

—Sube un automóvil —dijo una voz desde la puerta. Romay estaba en el umbral. Envuelto en una bata de lana de hermosos

colores, fumaba un cigarro grueso.

Fue hasta la puerta. Detrás de él habían aparecido míster Smith y su mujer. Formaron durante unos instantes un grupo extrañamente escultórico, junto a la puerta. Luego, el grupo se disolvió cuando alguien llamó a ésta.

Romay abrió. Equis, Steve y dos hombres más, entraron.

—Prepara unos *grog*s bien calientes, Tilly, por favor —dijo Romay.

Steve se detuvo ante la muchacha. Estaba sonriente. Abrió los brazos y Tilly se precipitó hacia ellos.

—Tendré —dijo *mistress* Romay— que preparar yo lo *grog*s.

Equis caminó hacia Romay. Smith se les unió y los tres conversaron durante un momento en voz baja. Luego, Equis dijo que tenían que marcharse.

—Os quedaréis esta noche en el hotel —ordenó Romay—. No quiero que conduzcáis con esta tormenta.

—Sí, señor.

Romay tocó el timbre. Emmy y Nehemiah aparecieron en la puerta.

—Por favor, querida —dijo Romay—, vas a preparar habitaciones para estos señores, ¿verdad?

—Sí, míster Romay. Tilly... ¿cena para todos?

—Sólo para los que acaban de llegar —dijo Janet Smith.

Tilly se soltó de los brazos de Steve.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Todo, en lo que cabe. Mi querido hermanito se defenderá, pero... ahora yo también tengo defensas. Gracias a estos... bueno, gracias a un puñado de buenos amigos que ahora quieren cenar.

Media hora más tarde, estaban en el comedor. Equis y sus hombres se sentaron a una de las mesas y Steve y los demás en otra, pero separadas ambas por muy poco espacio.

—Joven —dijo Romay, mientras Steve atacaba los huevos con jamón y el pavo frío—. Me alegro de que todo haya salido bien.

—Gracias a usted —respondió Steve—. Bueno, quiero decir, a ustedes.

—De eso precisamente querría hablarle, joven. Usted va a pelear contra su hermano, en igualdad de condiciones y armas esta vez. Pues bien, usted mantendrá la boca cerrada en todo lo que respecta

a la ayuda que le hemos prestado.

Steve levantó los ojos de su plato. A su alrededor vio cuatro pares de viejas pupilas, que se clavaban en él insistentemente. Por un instante, un ligero frío le recorrió la espalda.

—Por supuesto, señor —dijo—. ¿Le sirve mi palabra de honor?

—Tiene que servir. —Fue la seca respuesta—. *Debe servir.* Porque si en alguna ocasión nuestros nombres saliesen a la luz en un posible juicio, sería muy probable que usted ya no pudiese contar con nuestra ayuda. Es esto, solamente: nadie deberá oír hablar de nosotros. ¿Está conforme?

—Lo estoy, míster Romay. Y estoy seguro de que Tilly, que estará a mi lado, me tirará de la manga si, en alguna ocasión, y llevado por mi agradecimiento... es broma, míster Romay. No habrá ninguna alusión, por pequeña que sea.

—Gracias, joven.

—De nada, M. M. O... ¿es usted M. M., tal vez, míster Smith?

—Soy yo —dijo Romay—. Y como acaba usted de darme su palabra de honor de que nuestros nombres no saldrán a la luz, le permito que me haga unas cuantas preguntas. Porque si no las hace, le van a quemar la lengua.

—No tanto, señor, pero sí siento curiosidad. Pero si usted no quiere, me comeré la lengua escaldada.

—Hágalas. No tendrá otra oportunidad, joven.

—Gracias, señor.

Steve le sonrió.

—No quiero saber lo que significan las iniciales M. M., porque mi amigo Equis quizá me ponga una mano en el hombro y me diga...

—No lo haré —dijo Equis, riéndose—. Ahora hay quien puede responder, si lo desea. *Sólo* si lo desea.

—Entonces...

—M. M. significa simplemente Mario Marcantonio. Oh, ese nombre no le va a decir a usted gran cosa —dijo Romay—. Pero en otro tiempo, hace unos cuarenta años sí se lo hubiera dicho.

Tilly tragó saliva lentamente.

—Mario Marcantonio —dijo—. Usted...

—Ley Seca, joven. Cuando se derogó la Ley Volsted, Mario Marcantonio y otros muchos desaparecieron de la vida pública.

Míster Smith, aquí presente, y cuyo nombre nadie me ha preguntado, ni yo voy a decirlo, y yo, decidimos ocuparnos en negocios más tranquilos. Así lo hicimos hasta que, llegada la hora de nuestro retiro... los años, joven, no pasan nunca sin huellas, buscamos un lugar tranquilo donde pasar nuestros últimos años: Éste.

—Lo dice usted como si se tratara de un cuento para niños, de una historia ejemplar —dijo Steve, echándose a reír—. Difícilmente podría explicarse de una manera más educativa. Gracias, señor. He oído hablar de Mario Marcantonio en un lugar, y no era una iglesia precisamente. ¿Se va a ofender, míster Romay?

—Aproveche, joven. Esta noche no me voy a ofender por nada. Por otra parte, un anciano como yo...

—En la cárcel, señor. En una cárcel en Kansas, donde me hice meter para huir de mi hermano. Allí oí hablar de usted.

—Supongo que muy mal.

—Supone mal. Los hombres que hablaban de usted dijeron que era uno de los más bragados después de...

—Sin nombres, joven —dijo Romay—. Exageraban, por supuesto.

Se puso serio de pronto.

—Joven, tanto Smith como yo, hemos hecho muchas cosas, y mucha gente dirá que fueron malas. Lo fueron, indudablemente y como no vamos a contarlas, bástele saber que ni nos arrepentimos ni nos vanagloriamos de ellas. Las hicimos, porque los tiempos eran los tiempos, y cuando un joven italiano llegaba a Estados Unidos y vivía en un barrio miserable, había pocas perspectivas para él que no fueran salir adelante con puños listos y armas preparadas.

—No le estoy juzgando, señor.

—No, ya lo sé. Difícilmente, después de que le hemos echado una mano. No por usted. Probablemente, si le hubiésemos conocido en cualquier otro sitio, usted estaría muerto ahora. Ley de vida, ley de muerte. Pero Tilly se enamoró de usted. Y nosotros queremos a Tilly.

Smith habló por primera vez:

—Tenemos lo que ahora queremos y exactamente nada más. Tranquilidad y una vejez sin preocupaciones, en un lugar que nos gusta, junto a unas gentes a las que apreciamos. Creo, joven, que

usted no va a escuchar nada más sobre nosotros esta noche. ¿Le basta con lo que sabe?

—Sí, señor. Gracias por mí y por Tilly. Cuando... si logro lo que quiero de mi hermano, ¿podría hacer algo por ustedes?

—Venir a vernos alguna vez. No pensamos movernos de aquí. Nos gustaría que Tilly se quedase aquí, pero comprendemos que eso es imposible. No obstante, si vienen de vez en cuando...

Tilly se puso en pie, arrojó la servilleta sobre la mesa y dio un beso a Romay. Luego, a los demás.

—¿Qué si vendremos? ¿Alguien lo duda? No quiero locos en mi casa. Para eso tengo bastante conmigo misma, cuando dentro de dos días tenga que explicarles a mis padres lo que ha ocurrido en su ausencia.

Hubo un coro de carcajadas.

—¡Emborrachémonos! —dijo Tilly—. Hace mucho tiempo que no lo hago.

—No parece mala idea en principio —dijo Muriel Romay—. Pero habrá que comenzar a racionar estas juergas. No olvidéis que somos unos viejos retirados, que deben cuidar de su salud. No nos queda mucho tiempo para malgastarlo en borracheras. Y dicho esto, Tilly, querida, trae el vino.

—Vamos —dijo Janet Smith— a brindar por los jóvenes.

—¿Qué hay, hija? ¿Todo bien? ¿Alguna novedad?

Míster Clarence besó a su hija. Su esposa lo hizo después, mientras lanzaba a su alrededor esa mirada de ama de casa que espera encontrar polvo bajo las camas.

—Novedad sólo una —dijo Tilly—. Todo tranquilo, como os pueden decir nuestros huéspedes. Bueno, Emmy se cayó por la escalera, pero sólo tiene algunos moretones. Y... hay un nuevo huésped...

—¿Un nuevo huésped? —preguntó su madre.

—Sí, pero no por mucho tiempo. Es... bueno, ¿por qué no esperáis a que os hayáis quitado el polvo del viaje y la nieve de los abrigos...?

Tragó saliva.

—Bueno, os presento a mi futuro marido. Steve, mis padres. Esperad, no comencéis a gritar. Llegó... charlamos un rato y... vimos que nuestros puntos de vista sobre muchas cosas... Mamá,

papá, Steve Lemoine.

—¿Cómo están ustedes? —preguntó Steve, cortésmente.

—Me parece —dijo *mistress* Clarence—, que tenemos que hablar todos un ratito.

—Estoy —dijo Clarence con los labios apretados—. Un poco sorprendido. Digo mal: estoy *muy sorprendido*.

—Si me permiten —intervino el anciano míster Romay—, creo que puedo explicarles... La juventud... todos lo hemos sido, ¿no? significa encontrarse, mirarse a los ojos y... ¿por qué no esperan un poco y Tilly les explicará exactamente cómo este joven llegó aquí y... todo lo demás? Por supuesto, tanto *mistress* Smith como Muriel, les pueden garantizar que todo ha sido correcto. O, K. ¿Verdad, queridas?

—Verdad —dijeron las dos ancianas al mismo tiempo.

FIN



buenas noches

¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION,
LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

¡PUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE
A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY;
LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!

good night



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

Precio en España: 25 ptas.

